

UNA ESTAUROTECA BIZANTINA EN EL REINO DE MURCIA EN LA EDAD MEDIA

DIEGO MARÍN RUIZ DE ASSÍN

A lo largo de más de quinientos años¹, se ha sostenido en Caravaca la leyenda de la Aparición de la Vera Cruz como un hecho histórico, cierto e incontrovertible. Más de quinientos años porque cuando esta leyenda se fijó por escrito a finales del siglo XV, ya debía correr de boca en boca y de padres a hijos. Hacía siglos que se había olvidado la verdad, el cómo y a través de quién había llegado la reliquia a la villa. La aureola milagrosa en torno a la Vera Cruz desde el momento de su aparición convertía este hecho prodigioso en algo insuperable por cualquier otra realidad.

Poco más de un siglo después de este primer relato, Juan de Robles Corbalán publicaba la más antigua historia de Caravaca conservada², que en realidad es, sobre todo, una historia religiosa de la ciudad antes y después de la Aparición, y no creo errar demasiado al pensar que la orientación general de la obra manuscrita de Mata debió ser similar. Corbalán, siempre apoyado por Jerónimo Román de la Higuera³, dio la forma definitiva a la leyenda al basarla en documentos para él incuestionables⁴

¹ La primera publicación conservada hasta el momento de la leyenda se contiene en ROBLES CORBALÁN, J.: *Historia del misterioso aparecimiento de la Santísima Cruz de Caravaca*. Madrid 1615, hojas 41v-43, seguido hasta el presente por todos los historiadores de Caravaca. Sobre ella, entre otras cosas, se trata en MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D. "Tres documentos en tela de juicio", *Revista de fiestas de la Vera Cruz*. Caravaca de la Cruz, 1998.

² En reiteradas ocasiones, Corbalán hace mención de la historia manuscrita de Mata, hoy desaparecida, y que es la más antigua de la que queda noticia, aunque nunca fue publicada.

³ Sobre este tema GODOY ALCÁNTARA, J. *Historia crítica de los falsos cronicones*. Madrid, 1868; CARO BAROJA, Julio *Las falsificaciones en la historia*. Seix Barral, Madrid 1992, y más concretamente RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS, A. y BARAHONA QUINTANA, N. "Fundación de la compañía de Jesús en Caravaca. Los jesuitas y el culto a la Santa Cruz" en *La ciudad en lo alto*. Murcia, 2003, que explica a la perfección la relación de Román de la Higuera con Caravaca

⁴ En MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D. "Tres documentos en tela de juicio", se habla sobre estos



y fue seguido por la mayoría de los historiadores posteriores, Cuenca⁵, Martínez Iglesias⁶, Quintín Bas⁷, etc. Todos ellos no hicieron sino moldear a su gusto la leyenda de la Aparición hasta el extremo de que Antonio de Béjar, en su historia manuscrita, llega a detallar los nombres y apellidos de los que estaban presentes en el momento del milagro, moros o cristianos

Desde 1908, fecha de esta última historia, hasta la actualidad, casi nada se ha hecho que afirmara lo contrario a la leyenda, en algunos casos porque los autores la han considerado cierta, en otros porque este hecho se ha soslayado al considerar que el estudio del origen de la Vera Cruz era un tema demasiado localista, poco serio, poco científico⁸.

Tal vez el estudio más objetivo publicado hasta el momento en el que se trata de la Vera Cruz, sea el de Gregorio Sánchez Romero, en el cual el autor declara que “... Al día de la fecha esta explicación puede ser aceptada por la Fe, pero no obligatoriamente por la ciencia histórica como tal”⁹.

No hay, y dudo que alguna vez lo haya, documentos referentes a la Vera Cruz de Caravaca anteriores a 1285¹⁰ y, por supuesto, antes de llegar a Caravaca no se la denominaba así. Pero se debe tener en cuenta que la reliquia caravaqueña no es un objeto extraño, atípico o falto de una conexión dentro de la historia de occidente y, evidentemente, de la historia del cristianismo. Muy al contrario, está plenamente inmersa en un contexto conocido, a través del cual he intentado bucear, tratando de descubrir cuál pudo ser el recorrido de la reliquia de la Vera Cruz, desde su origen

documentos “incuestionables” de Corbalán: Gil de Zamora, Miguel de Luna y la primera leyenda escrita de la Aparición. También de otros documentos básicos en esta obra, como Martir Rizo, Oncala, etc.

⁵ CUENCA FERNÁNDEZ-PIÑERO, M. de, *Historia sagrada de la Santísima Cruz de Caravaca*. Madrid, Imprenta de la viuda de Juan García Infanzón, 1722

⁶ MARTÍNEZ-IGLESIAS, M. *Caravaca. Historia de esta villa y de la aparición gloriosa de la Santa Vera Cruz*. Murcia. Imprenta de Pablo Nogués. 1847.

⁷ BAS Y MARTÍNEZ, Q., *Historia de Caravaca y de su Santísima Cruz*. Tipografía la Luz, Caravaca 1885

⁸ No se puede olvidar el trabajo de TOMÁS SANCHÍS, Dionisio, “Hacia una desmitologización de la Stma. y Vera Cruz de Caravaca”, en *Revista de fiesta de la Vera Cruz*. Caravaca de la Cruz, 1973, s.p., que rompió el fuego en este aspecto hace más de treinta años. O la monografía de MOLINA LÓPEZ, E. *Ceyt Abuceyt, novedades y rectificaciones*. Almería, 1977, en la que, aunque no se trate específicamente el tema de la leyenda de la aparición, se define claramente la situación de uno de sus personajes con referencia a la misma. Hay otros intentos como el de GONZÁLEZ BLANCO, A. “La leyenda de la Cruz de Caravaca y la historia de la villa al filo del comienzo de la reconquista” en *Anales de prehistoria y arqueología*. Murcia 1994. pp. 293-300. Pero en él, el autor presenta una hipótesis de pervivencia de una reliquia bizantina durante la dominación islámica de Caravaca, que no comparto, entre otras cosas por la demostrada inexistencia de cruces de doble travesa antes del siglo IX. No entro en la posible, o no, pervivencia de comunidades mozárabes en la zona capaces de mantener un culto a la Vera Cruz, por tenue que fuese.

⁹ SÁNCHEZ ROMERO, G.: “Ensayo histórico sobre el acontecimiento religioso de la Vera Cruz de Caravaca y su Santuario”, *Murgetana 104*. Murcia 2001, p. 43

¹⁰ POZO MARTÍNEZ, I; FERNÁNDEZ GARCÍA, F y MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D. *La Santa Vera Cruz de Caravaca. Textos y Documentos para su Historia (1285 - 1918)*, vol. I. Caravaca de la Cruz, 2000. pp. 49-50, Doc. 1. Incluyo este documento por considerar indudable que la cruz representada en el sello del concejo de Caravaca es la Vera Cruz.



en la Jerusalén del siglo I, hasta su llegada a Caravaca, a mediados del XIII. Así pues, a través de las páginas que siguen, intentaré demostrar, a base de hipótesis, apoyadas, por supuesto, en la mayor cantidad de datos posible, cuáles fueron las primeras manifestaciones del culto al *lignum crucis*, sus vicisitudes hasta llegar a Constantinopla y el viaje desde la capital bizantina hasta Caravaca, de manos de la orden del Temple, institución que era totalmente ajena a la Vera Cruz, en un momento de suma importancia para Caravaca, por su contexto político-militar y por sus posteriores repercusiones, que se han extendido a lo largo del tiempo hasta nuestros días.

Sé que no se aporta ningún documento concluyente. Yo opino que no existen, pero creo que el conjunto de hipótesis que se expone a continuación forma una línea posible y coherente, mucho más posible y más coherente que la mantenida a lo largo de los últimos quinientos años.

I - Jerusalén

“En el lugar donde había sido crucificado había un huerto y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que nadie todavía había sido depositado” Juan, 19, 41.

Ésta es la última vez que se menciona la crucifixión en los Evangelios. Se trata del escrito por el apóstol Juan, el más moderno de los cuatro, realizado en los años finales del siglo primero, en torno al año 100. Entre esta fecha, en la que se da testimonio de la existencia de la cruz en el momento de la muerte de Cristo, y el año 348 en el que san Cirilo de Jerusalén vuelve a mencionar el *lignum crucis*, transcurrieron dos siglos y medio de silencio respecto al patíbulo del Redentor.

De sobra es conocido el hecho de que los primeros cristianos no tenían por costumbre el representarse a sí mismos por medio del signo de la cruz. La aureola del elemento de tortura y difamación se mantenía viva en la población romana del imperio, recordemos que hasta Constantino, que prohibió el suplicio de la crucifixión hacia el año 314,¹¹ la muerte en la Cruz era el castigo aplicado por los tribunales a los peores criminales, a los cuales no sólo se les quería privar de la vida, sino también humillar hasta el último aliento. Así pues es comprensible que no se tomara la cruz como representación de la nueva fe.

Los símbolos iconográficos más utilizados en los primeros años del cristianismo son el pez o el ancla, también otras figuras más elaboradas, como el Buen Pastor, muy en uso durante los siglos II y III, y las orantes, ambos comunes en las catacumbas romanas. Por fin, en los últimos tiempos de la clandestinidad, fueron frecuentes las alusiones al crismón, compuesto por las letras *X-P* del alfabeto griego, iniciales de la palabra *ΧΡΙΣΤΟΣ*, insertas la una en la otra¹².

¹¹ FROLOW, A. *Les reliquaires de la Vraie Croix*. París, 1965. p. 201. Se sabe que Constantino utilizó la muerte en la cruz, si bien el 21 de marzo de 315 ya no se usaba.

¹² FROLOW, A. *Recherches sur la déviation de la quatrième croisade vers Constantinople*. París, 1955. p. 61 “... ya una inscripción del cementerio romano de Calixto, datada en el 268, ofrece la fórmula CRUCEM ACCEPIT...” con lo que volvemos a comprobar la presencia de la cruz en el



Pero esto no quiere decir que la cruz estuviera ausente del pensamiento cristiano, en absoluto, se la tenía bien presente, pero no como objeto de tortura, ni siquiera de adoración, sino como símbolo de la redención, lo que bien indicaba ya en el siglo primero San Pablo¹³. Como tal debía de correr de boca en boca de los cristianos, de manera que así lo interpretaron los paganos, según se podría considerar al contemplar el graffiti de Alexamenos¹⁴, que representa a un hombre con cabeza de asno, clavado en la cruz, y a un fiel adorándolo. No hay duda de que esto nos puede hablar de la identificación del cristiano con el crucificado, aunque no tan claramente con la cruz como objeto. De un modo, parece que subliminal, el culto a la cruz está latente desde los primeros tiempos del cristianismo hasta el siglo IV.

Sin embargo hay un hecho apoyado en la tradición eclesiástica que marca, de forma destacada, el punto de partida de este culto. Es el punto que podemos considerar como el inicio, el primer paso oficial, del culto a la cruz: se trata de los sucesos narrados en la leyenda del sueño de Constantino, con sus posteriores consecuencias. La tradición de la Iglesia¹⁵ cuenta que en el año 312, antes de la batalla contra Majencio, su rival en la península itálica para conseguir el trono de occidente, Constantino soñó cómo se le aparecía Cristo y le decía que grabara las dos primeras letras de su nombre en los escudos de los soldados. Al día siguiente, la leyenda dice que vio una cruz superpuesta en el sol y las palabras "In hoc signo vinces" rodeándola. Tras seguir las instrucciones del sueño, ese mismo año derrotó a Majencio en la batalla de Puente Milvio, cerca de Roma. Constantino consideró que el Dios de los cristianos le había proporcionado la victoria, por lo que, supuestamente, abandonó sus anteriores creencias paganas. Y no sólo eso, este hecho fue el preámbulo de la firma del Edicto de Milán del año 313, por el cual se promulgó la total tolerancia hacia el cristianismo dentro del imperio, propiciando también que el propio Constantino incluyera el crismón en su emblema militar, el conocido lábaro, y poco después en sus monedas la cruz, apareciendo, por fin, como clara identificadora del cristianismo, evidente muestra de sus simpatías hacia la nueva religión¹⁶.

Esta es la tradición, pero la realidad nos cuenta una historia algo diferente, la de un hábil, aunque supersticioso Constantino, que sabe ver en la organización y jerarquías de la Iglesia un arma de primer orden en su tarea de conquista y unificación del imperio. No se cuestiona el Edicto de Milán como tampoco otras medidas favorecedoras del cristianismo¹⁷, pero también es cierto que el emperador siguió

pensamiento cristiano, aunque todavía no se manifieste en representaciones gráficas de ningún tipo. A este respecto, es de señalar la duda razonable que se ha planteado sobre la supuesta cruz de Herculano, del siglo I, y que parece ser que no es otra cosa que la marca en la pared dejada por el soporte de madera de algún objeto desaparecido.

¹³ En varias ocasiones hace mención el apóstol Pablo a la cruz, pero el sentido de la redención por ella es absoluto en Col., 1,20 y 2, 14, en Ef., 2,16 o en Gál., 6,14

¹⁴ V.V.A.A., *Las grandes religiones*. Mateu, Barcelona, 1967. Vol. 5, p. 58

¹⁵ EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*. Edición virtual de escrituras.tripod.com

¹⁶ LÓPEZ SÁNCHEZ, F. "Tiranía y legitimación del poder en la numismática de Magencio y Constancio II (350-353 dc)" en *Faventia*, 22. Zaragoza, 2000. p. 60

¹⁷ Como por ejemplo la equiparación judicial de los obispos con los jueces laicos.



siendo Pontífice Máximo y como tal presidía los cultos a los diversos dioses del panteón romano. Tampoco hay muchas dudas sobre el influjo personal que en él ejerció su madre, Elena.

Por uno u otro motivo, el religioso o el político, lo cierto es que, desde Constantino, el cristianismo no hace más que crecer en importancia y todas sus manifestaciones culturales se expanden, libres de trabas estatales, destacando entre ellas la representación de la cruz en los más variados medios. En el ambiente de los años finales del reinado de Constantino es cuando la tradición sitúa el suceso de la *Inventio Crucis*.

Así pues el impulso que recibe el signo de la cruz al ser adoptado ni más ni menos que por el propio emperador, es extraordinario. Elena, primera esposa de Constancio Cloro y madre de Constantino, debió de inclinarse mucho más que su hijo hacia la nueva religión y como cristiana “peregrinó” a Tierra Santa hacia el año 326, con la intención de venerar los lugares que Cristo holló con sus pies. Durante esa visita, se supone que tuvo lugar el hallazgo de las tres cruces, la de Cristo y la de los dos ladrones. Aunque hay varias versiones, algunas con interesantes variantes y curiosos matices, en general la más admitida y que ha llegado a nuestros días, tomada, en este caso, del Año Cristiano, dice así:

“... Santa Elena, madre de Constantino, tenía una gran devoción á los santos lugares en que se habían obrado los misterios de la religión cristiana, y para santificarse pasó a Palestina en el año 326 [...] A su llegada á Jerusalén sentíase inflamada de ardiente deseo de encontrar la cruz sobre que Jesucristo había padecido por los pecados del mundo [...] resuelta Elena á no omitir nada para conseguir su piadoso designio, consultó á los habitantes de Jerusalén y á cuantos pudieran darla alguna luz. Respondieronla que si podía descubrir el sepulcro del Salvador, no dejaría de encontrar los instrumentos de su suplicio. En efecto, esa era la costumbre entre los judíos, la de abrir un hoyo en el que se enterraban, juntamente con los cuerpos de los reos, los instrumentos del suplicio; estos instrumentos les causaban horror y se apresuraban á apartarlos de la vista para siempre. La piadosa emperatriz hizo, al mismo tiempo que demoler el templo, derribar la estatua de Júpiter. Se limpió el lugar que ocupaba y se practicó en él una excavación. Al fin se encontró el sepulcro. Había cerca de él tres cruces con los clavos que habían taladrado el cuerpo del Salvador y la inscripción que habían fijado en lo alto de su cruz. Fácil fue conocer que una de aquellas cruces era la que se buscaba, y que las otras eran las de los ladrones, en medio de los cuales había expirado Jesús; pero no se sabía como distinguirlas, tanto más cuanto que la inscripción se hallaba separada, y no se hallaba sobre ninguna de las tres cruces. Tratábase de reconocer cual era la cruz de Cristo para no exponerse á dar culto a lo que no merecía sino desprecio ... se hicieron llevar las tres cruces á casa de una señora que se hallaba peligrosamente enferma [...] después de una oración aplicó las dos primeras cruces á la enferma y no produjeron efecto alguno; entonces el santo obispo [Macario] la hizo extender sobre la tercera y la impronta de Jesucristo, que había muerto como hombre, haciéndose sentir inmediatamente, quedó la señora completamente curada



[...] *La emperatriz manifestó una grande alegría al ver el milagro que hacia conocer la verdadera cruz.*"¹⁸

Esta tradición se puede considerar completamente elaborada a partir de Jacopo da Voragine, ya que tanto san Ambrosio de Milán como san Juan Crisóstomo afirmaron, hacia el año 400, que la sola presencia del *titulus* fue suficiente para identificar la Cruz de Cristo.

El texto, que no es más que la versión romántica de la leyenda dorada, continúa diciendo:

"... la emperatriz fundó en el sitio mismo en que había sido hallado aquel tesoro una magnífica iglesia y lo depositó con gran veneración después de haberlo encerrado en un estuche de riquísimo valor. Dio una parte al emperador su hijo, que la recibió en Constantinopla con mucho respeto. Envió otra parte á la iglesia que fundó en Roma, que existe hoy y es conocida con el nombre de Santa Cruz de Jerusalén. Santa Elena hizo encerrar en una caja de plata la más considerable porción de la Cruz y la dejó en Jerusalén bajo la custodia del santo obispo Macario, para conservarla a la posteridad."¹⁹

Si bien es cierto que la tradición del hallazgo de la Vera Cruz por Santa Elena es bastante antigua, no debemos olvidar que la primera vez que se cita a la madre de Constantino como protagonista del hecho es en el año 395, durante la oración fúnebre que san Ambrosio de Milán dedicó al emperador Teodosio, y no antes²⁰. Rufino²¹ la recoge y amplía hacia el año 400. Sin embargo, hay que tener en cuenta que Eusebio de Cesarea, historiógrafo de la Iglesia y de Constantino, y coetáneo de los hechos, obispo de Jerusalén, habla del descubrimiento del Santo Sepulcro realizado por Elena, pero sobre la Cruz de Cristo no dice nada, lo que podría suponer que fuera una historia fraguada después de la muerte del emperador Constantino. Este silencio fue el argumento principal de los teólogos protestantes para aducir la falsedad del *lignum crucis*.

La historia supone que la dedicación de las basílicas constantinianas de Jerusalén, el Santo Sepulcro y la Anástasis, fue hecha un 13 de septiembre, y se sabe que la consagración de las citadas basílicas se realizó por los obispos que regresaban del sínodo de Tiro del año 335, por lo que el descubrimiento de la cruz, si existió, debió suceder en fechas muy cercanas a este año²².

A pesar de todo, el silencio de los contemporáneos sigue siendo muy sospechoso. A esto hay que unir la primera noticia fidedigna, inserta en las Catequesis de san Cirilo de Jerusalén, escritas en el Gólgota hacia el año 347, y en la cual comenta

¹⁸ MUÑOZ Y ANDRADE, Ramón. *Año cristiano*. Vol. 5, mes de mayo. Madrid 1856. pp 25-28

¹⁹ Ibid. Pp. 28-29

²⁰ San Ambrosio de Milán. De obitu Teodosii. Citado por FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix, Recherches sur le developpement d'un culte*. París, 1961. p.157

²¹ Rufino, Citado por Ibid. Ibid.

²² SÁNCHEZ HERRERO, J., "La devoción a la Cruz de Cristo. Siglos IV al XV", *Actas del II Congreso Internacional de la Vera Cruz*. Caravaca de la Cruz, 2002, p. 33



a sus catecúmenos: "... fue verdaderamente crucificado por nosotros, porque si quisieras negarlo, te convencerá este conocido lugar, este dichoso Gólgota en el que estamos congregados por causa del que fue clavado en la Cruz; todo el orbe está lleno de los fragmentos en que ha sido cortado el madero de la Cruz..."²³

Tras este testimonio, está fuera de duda que a mediados del siglo IV la Vera Cruz era venerada en Jerusalén y sus fragmentos estaban repartidos por buena parte de la cristiandad. Parece muy arriesgado suponer que esa fama y difusión, con los medios de entonces, se hubiera desarrollado en solo los diez o veinte años que, siguiendo la tradición, se cree que habían transcurrido desde la *Inventio Crucis*. Más bien hay que optar por pensar que quizás la Invención de la Cruz por santa Elena no existió y que no sería muy aventurado creer que el madero de la Cruz ya era venerado en Jerusalén, desde los primeros tiempos, por la comunidad cristiana que lo custodiaba y supo conservarlo durante el periodo de las persecuciones, de tal modo que cuando Elena hizo levantar el Santo Sepulcro, el *lignum crucis* fue depositado allí, aunque ya estuviera algo mermado por la costumbre de extraer fragmentos para su envío a otros lugares; y ese momento, que en los primeros tiempos fue conmemorado como el de la dedicación de las mencionadas basílicas, 13 de septiembre, llevaba consigo el día 14 una fiesta de la exaltación de la Cruz²⁴, que es lo que entonces se celebraba. Sólo a fines del siglo IV vemos los primeros datos referentes al hallazgo, como relata la propia Egeria "... en esa misma fecha, fue hallada la Cruz del Señor. Por eso quedó establecido que la consagración de aquellas santas iglesias coincidiese con el día en que fue hallada la Cruz del Señor..."²⁵. No olvidemos que la titularidad de las basílicas constantinianas no fue, en ningún caso, la de la Vera Cruz, sino la del Santo Sepulcro y la Resurrección o Anástasis.

Al igual que sucedió en los siglos posteriores, está claro que, por lo menos desde el 313, las peregrinaciones a tierra santa eran relativamente frecuentes, como se puede comprobar por la existencia del "*Itinerarium a Burdigala Hierusalem usque*", escrito en el 333, que no es otra cosa que una guía de peregrinos para el camino de Burdeos a Jerusalén. A estas peregrinaciones habría que adjudicar la difusión de la reliquia por el mundo romano, ya amplia, como decía san Cirilo, y que irá incrementándose con la afluencia creciente a las fundaciones constantinianas del Santo Sepulcro y Anastasis, en Jerusalén, y la Natividad en Belén.

Hay otra buena muestra de ello en el Itinerario de Egeria, escrito hacia el año 387²⁶, obra en la que se da una relación detallada de los rituales jerosolimitanos, en especial los relacionados con la Vera Cruz. Como arriba indico, el flujo de peregrinos se incrementó hasta tal punto de que la misma Egeria describe alguna de las hospederías destinadas a acogerlos, tal vez una de ellas fuera la fundada por santa

²³ CIRILO DE JERUSALÉN, Catequesis. Catequesis IV. Edición de la Biblioteca Católica Digital

²⁴ SÁNCHEZ HERRERO, J., "La devoción ..., pp. 32-33

²⁵ Ibid. p. 32

²⁶ ARCE, A., *Itinerario de Egeria*. BAC. Madrid, 1978



Elena, anterior a la que, a principios del siglo V, instauraron san Jerónimo y Paula. Así encontramos que a fines del siglo IV el culto al *lignum crucis* estaba firmemente asentado en el mundo cristiano.

A pesar de ello, y refiriéndome ahora al signo de la cruz, el siglo IV fue el del esplendor del crismón²⁷, símbolo ya de una fe libre de las prohibiciones oficiales, pero también fue el de su crisis. Hasta la invención, hasta el primer tercio de ese siglo, la cruz, como símbolo del cristiano y del cristianismo, en especial la que aparecía inserta en los crismones monogramáticos, había recogido un culto por lo que representaba, nunca al objeto en sí ni a la figura de la cruz, sino al propio Cristo por medio de ella, y de este modo se organizó el culto al madero en sus primeros tiempos; pero, desde la segunda mitad del siglo IV, desde que empezó a difundirse con absoluta libertad la reliquia, la Vera Cruz se convirtió en objeto de culto, no solo como símbolo, sino también en sí misma, como la reliquia principal de la Pasión que había estado en contacto con el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Es en esta época cuando, a imitación del fragmento principal, que como describe Egeria estaba custodiado en un relicario, las pequeñas partículas insertas en cruces-relicario, comenzaron a cubrirse de metales nobles, piedras y esmaltes. El propio san Juan Crisóstomo consideraba que las cruces que sus contemporáneos llevaban al cuello eran, además de un símbolo de fe, un adorno personal, haciendo referencia a la riqueza de dichos relicarios²⁸. El crecimiento del culto a la cruz debió de ser tan espectacular que personajes como san Jerónimo, san Cirilo de Jerusalén y san Agustín dejan muy claro la adoración que merece el *lignum crucis* que, al fin y al cabo, no es más que materia inerte, y saben que el pensar de otro modo puede acarrear la caída en el paganismo, al adorar otra cosa distinta a Cristo²⁹. A pesar de estas advertencias, desde los primeros años del siglo V, se empieza a atribuir a la vera cruz y sus fragmentos un poder sobrenatural, una cualidad que se desprende de haber quedado impregnada de la sangre incorruptible de Cristo, por lo que es adorable en sí misma. San Paulino de Nola no sólo defiende esta idea, sino que le atribuye otros poderes milagrosos, como es el hecho de que aunque se extraigan muchas partículas del madero original, éste nunca merma de tamaño³⁰. Además, poco a poco, el culto a la Vera Cruz fue vinculándose a la familia imperial que lo apoyó y sostuvo como importantísimo elemento de propaganda, tanto dentro como fuera del imperio.

A pesar de todo, según la tradición, el fragmento mayor de la Cruz de Cristo seguía guardándose en Jerusalén, aunque parece ser que una buena parte del mismo

²⁷ PACHECO, R., SÁEZ SÁNCHEZ, C. "Origen y evolución de la cruz como símbolo cristiano" en *Actas del II Congreso Internacional de la Vera Cruz*. Caravaca de la Cruz, 2002, pp. 413-432

²⁸ FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix, Recherches sur le développement d'un culte*. París, 1961. pp. 160-161

²⁹ *Ibid.* p. 165

³⁰ CUENCA FERNÁNDEZ-PIÑERO, op. Cit. P. 252. También Cuenca incluye, en esta misma página, la declaración de san Cirilo de Jerusalén en su catequesis 10, en la que dice: "... aviendo recibido de él cada vno de quantos fueron a Jerusalén vna partícula, si todas se juntaran, harían vna Cruz mayor que la de Cristo...", declaración inexacta pero que pudo provocar en Paulino de Nola la reacción de considerar milagroso al madero por su inalterabilidad de volumen.



ya había sido llevada a la ciudad imperial. A principios del siglo VII, con el reinado de Heraclio, un suceso excepcional vino a consagrar la vinculación del emperador con el culto a la Vera Cruz. En el año 614 Cosroes II conquistó Jerusalén llevándose la Cruz consigo. Ocho años después, en el 622, Heraclio vio el momento oportuno para tomar la iniciativa y recuperar lo perdido con los persas, y así lo hizo reconquistando territorios y el *lignum crucis*. Durante dos años lo retuvo en su poder, ya que mantenerlo en Constantinopla podía redundar en favor de la capitalidad religiosa de esa ciudad frente a Roma, pero en el 630 puso en escena una espectacular entrada en Jerusalén en la que aparecía como el libertador de los territorios y, ante todo, como el defensor del cristianismo, hollado por los persas, que se encarnaba en la persona del emperador, convirtiendo desde entonces la Vera Cruz en un objeto, no ya sólo milagroso por los prodigios que obraba en quienes la adoraban, sino en una reliquia especial de la que emanaba el poder de defender el imperio contra todos sus enemigos, internos y externos³¹.

Por tanto, será en este momento cuando se sustituya el signo de la cruz del estandarte que precede al ejército imperial por un verdadero *lignum crucis*, costumbre que más tarde adoptaría el Sacro Imperio Romano Germánico y luego algunos países eslavos de clara tradición bizantina. Tras este retorno de la Vera Cruz a Jerusalén un 14 de septiembre y después de las espectaculares ceremonias de exaltación de la reliquia, la festividad de la Invención de la Cruz fue trasladada al tres de mayo, quedando ese día 14 de septiembre como fecha de la exaltación, no en recuerdo de la consagración de las basílicas constantinianas, sino de la vuelta a Jerusalén, tras la derrota de los persas.

Sin embargo ocho años después de esta reentronización de la Vera Cruz, la ciudad santa iba a perderse definitivamente para el imperio bizantino, que no pudo frenar el enorme impulso inicial del islam. Según la Historia de Heraclio³², la reliquia fue enviada a Constantinopla cuando los árabes atravesaron el Jordán, quedando sólo un pequeño fragmento en la basílica del Santo Sepulcro, aunque otros autores mantienen que tras la recuperación de manos de los persas, el fragmento mayor permaneció en el palacio imperial para no volver nunca más a Jerusalén.

Aunque esto sucediera así, y el lugar en que se custodiaba la mayor parte de la Vera Cruz fuera ahora Constantinopla, la fama de Jerusalén permanecería viva en los siglos venideros como lugar de la Pasión.

Por otra parte, si bien el culto a la Vera Cruz se asoció muy pronto a la familia imperial y al propio imperio, no hay que olvidar que la devoción popular ya era muy profunda en el momento de la invasión árabe y así lo prueban, no sólo su difusión, contrastada por la declaración de san Cirilo de Jerusalén arriba citada, sino por otros datos concretos. Egeria cuenta que en la liturgia de la Adoración de la Cruz, el

³¹ FROLOW, A. "Le culte de la relique de la Vraie Croix a la fin du Vie et au debut du VIIIe siecles", en *Bysantinoslavica*, C.2/XXII. Paris, 1957

³² SEBEOS. *Historia de Heraclio*. Citado por FROLOW, A. en *La Relique de la Vraie Croix...*, p. 193



Viernes Santo, en una capilla cercana al Gólgota, se instalaba una cátedra episcopal y una mesa cubierta de paños en la que se colocaba el relicario de plata dorada, que contenía el sagrado madero y el *titulus*. La reliquia, en su caja, se ponía delante del obispo y los diáconos la rodeaban totalmente, mientras los fieles la adoraban, todo para evitar un posible robo. Añade Egeria que estas precauciones se tomaban porque, una vez, un hombre se había llevado un fragmento de la Cruz de un bocado.

Los milagros sucedidos en oriente y en occidente llegaban a toda la cristiandad y en el siglo VI eran populares hechos sobrenaturales, como la aparición de un halo de fuego alrededor de la Cruz, en la ciudad de Apamea, clara premonición de que los persas no la atacarían³³. A otro nivel, se conocían curaciones hechas por el contacto con el óleo santificado por la reliquia, curaciones del cuerpo y del espíritu, pues se hablaba de la expulsión de demonios. La fama de este óleo hizo que, tras la ceremonia de su bendición, se distribuyera a los peregrinos en ampollas metálicas que eran tan valoradas como la propia reliquia³⁴. En occidente, Gregorio de Tours refiere que poseía un paño de seda, que un alto personaje le había traído de Jerusalén, el cual había servido para envolver a la Vera Cruz; y que, con el agua de lavar dicho paño se produjeron varias curaciones milagrosas³⁵. Muy cerca de Tours, en Poitiers, se custodiaba un *lignum crucis* donado por el emperador Justino II y su esposa Sofía a santa Radegunda. Se difundieron las noticias de luces sobrenaturales alrededor o cerca de la Cruz, ebullición del aceite de las lámparas de su altar, curaciones milagrosas, etc.³⁶. Lo incuestionable es que a la llegada de los árabes a Jerusalén, el culto a la reliquia era una realidad extendida por todo el mundo romano, desde las provincias orientales, aún dentro del imperio bizantino, hasta el extremo occidente de mediterráneo, Hispania³⁷ y la Galia, siempre bien comunicado por el torrente de peregrinos que se dirigía o regresaba de Tierra Santa.

II - Constantinopla

Pero lo cierto es que, si bien la peregrinación a Tierra Santa se mantuvo como una constante tras los cambios e invasiones, Jerusalén dejó de ser el principal foco de irradiación de la reliquia de la Vera Cruz. Parece ser que el fragmento que allí se guardaba no era de un tamaño importante. Según Antonino de Piacenza³⁸, el *lignum crucis* se veneraba en una de las tres capillas del atrio de la basílica del Santo Sepulcro, junto al *titulus*, la esponja, la caña, el cáliz de la cena, el cinto y el velo de la Virgen. Decía este autor que la Vera Cruz era de nogal³⁹. Sobre este aspecto tradiciones posteriores sostienen que la Cruz de Cristo estaba hecha de tres tipos de madera. Hacia el año 860, san Teodoro, obispo de Edesa, afirmaba que era de cedro,

³³ FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix*.... pp. 184-185

³⁴ *Ibid.* pp. 174-176

³⁵ *Ibid.* p. 178

³⁶ *Ibid.* pp. 179-180

³⁷ En España tenemos noticia de la colocación de una reliquia en la catedral de Cádiz. (FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix*..., p. 194) así como del envío de un *lignum crucis* a Recaredo con motivo de su conversión (*Ibid.* p. 184).

³⁸ FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix*..., pp. 181-182

³⁹ *Ibid.*



pino y ciprés, esta tradición se mantuvo posteriormente y así se reflejaba en un epigrama bizantino anterior a 1150⁴⁰, en donde se decía que era de sabina, ciprés y cedro. Bien entrado el siglo XVI, Juan de Mandeville también utilizaba esta teoría de los tres tipos de madera en su fabuloso viaje a Jerusalén⁴¹.

Dejando a un lado la madera de la cruz, lo que es cierto es que todos los datos apuntan a que en el momento de la llegada de los árabes a Jerusalén, la mayor parte de la reliquia había sido llevada a Constantinopla. Las versiones más antiguas de la leyenda de la invención, redactadas en torno al año 400⁴², indican que santa Elena separó un fragmento de la Cruz de Cristo y la condujo a esa ciudad junto con los clavos. A partir del siglo IX, se empieza a decir que el fragmento estaba constituido por la mitad de la reliquia, y que tanto el de Jerusalén como el de Constantinopla estaban custodiados en sus relicarios, tecas, de oro y plata dorada. Más tarde, ya en el siglo XII, se añadía que el fragmento que había permanecido en Jerusalén fue dividido, tras la muerte de Heraclio, en 19 partes⁴³, de las que cuatro permanecieron en la ciudad santa, tres fueron a parar a Constantinopla y las demás a diferentes ciudades del antiguo imperio bizantino, como Antioquía, Edesa o Damasco.

De un modo u otro, se sabe que, a principios del siglo XIII, Constantinopla era la depositaria de, aproximadamente, trece veinteaos del volumen total de la reliquia⁴⁴ repartidos en diversos relicarios y lugares. La capilla de Blaquernas, en el palacio imperial, poseyó un gran número de fragmentos y algunos de ellos de considerable magnitud. Santa Sofía y otras iglesias de la ciudad tuvieron *lignum crucis* importantes de los que queda noticia documental. Aún a principios del siglo XV Rui González de Clavijo dice que, en la iglesia de Santa María Perihelico de Constantinopla, se conservaba un *lignum crucis* que era parte de la cruz traída a la ciudad imperial íntegramente por Santa Elena cuando la encontró⁴⁵. En resumen no sería pues descabellado pensar que la iglesia de Jerusalén había distribuido voluntariamente o había sido expoliada de forma involuntaria de una gran parte del *lignum crucis* que custodiaba en el siglo IV, mientras que, al contrario, Constantinopla había ido acumulando pequeños y grandes fragmentos y, cabe la posibilidad de que sea cierta la tradición de que allí se intentó conservar la reliquia mayor de la Pasión tras la llegada de los árabes.

De igual modo sucedió con otras reliquias. La capital del imperio reunió el mayor cúmulo de ellas en todo el mundo conocido. Ante el hecho evidente de que la sede patriarcal constantinopolitana no podía nunca argumentar, frente al obispo de Roma, su fundación apostólica, emperadores y patriarcas intentaron suplir esa realidad con una sacralización de la ciudad por medio de reliquias de todo tipo, en

⁴⁰ Ibid. p. 330

⁴¹ MANDAVILA, Juan de. *Libro de las maravillas del mundo y del viaje de la tierra santa de Hierusalen y de todas las provincias y hombres monstruosos que hay en las indias*. Edición digital de la Universidad de Valencia.

⁴² FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix*.... pp. 167-169

⁴³ Ibid. pp. 310-311

⁴⁴ FROLOW, A. *Recherches sur la déviation*.... p. 69

⁴⁵ GONZÁLEZ DE CLAVIJO, Ruy. *Embajada a Tamerlán*. Madrid, 1984 pp. 59-60



especial las de la Pasión: *lignum crucis*, clavos, lanza y esponja, columna de la flagelación, etc.; luego las de la Virgen: velo, ropa, cinto, leche materna; y después de apóstoles y santos de todas la épocas y procedencias⁴⁶. En el periodo que va desde el siglo VII al XII se estableció una amplia liturgia anual para cada uno de esos fragmentos, y en particular para la Vera Cruz, así como rituales ocasionales para momentos especiales.

Además de los rituales de las fiestas de la Invenición y la Exaltación de la Cruz, se sabe que el más importante relicario de Santa Sofía, de ordinario guardado bajo llave, se exponía y daba a adorar el jueves, viernes y sábado santos. El jueves para el emperador y el ejército, el viernes para la emperatriz y las mujeres y el sábado para el clero. De esta cruz de Santa Sofía se decía que de los nudos de la madera rezumaba un óleo aromático que era recogido por sus propiedades milagrosas⁴⁷. Pero la adoración de la cruz durante la semana santa por los grandes del imperio era el recuerdo de la liturgia de Jerusalén de la Adoración del Viernes Santo, que desapareció de la iglesia griega entre los siglos VII y IX para ser sustituida por la Adoración de la tercera semana de cuaresma⁴⁸. Durante estos días se exponía la reliquia al culto de los fieles y, entre las diferentes ceremonias, era una la de ungir la con bálsamos y perfumes para, finalmente, exaltarla dentro de una bandeja de flores.

Por otro lado, el 30 de julio de cada año, en el pequeño baptisterio de Santa Sofía, tenía lugar la ceremonia de la inmersión de la cruz en agua⁴⁹, que era llevada durante los catorce días siguientes a todos los barrios de la ciudad para bendecir el aire contra las epidemias del verano⁵⁰. Ceremonia que se mantuvo y llegó más tarde a la iglesia chipriota, que se defendía del mismo modo contra las enfermedades⁵¹.

Se tiene noticia, además, de que la iglesia Armenia, a partir del siglo X, realizaba una inmersión de la cruz en agua y vino en recuerdo de la sangre y el agua manados del costado de Cristo en la Crucifixión⁵².

Pero en los casos de auténtica necesidad se recurría también a la Vera Cruz. Así parece que sucedió en el sitio de Constantinopla por los ávaros, en el 626, y con los realizados por los árabes en 717 y 718. En estas ocasiones⁵³ el clero, la corte y el pueblo marcharon en procesión con el madero en torno a las murallas de la ciudad, pidiendo auxilio al todopoderoso contra los sitiadores. Este hecho se repitió en el nuevo cerco del año 822.

Durante la plena edad media occidental, hasta el siglo XI, se estableció definitivamente en Bizancio la liturgia de la cruz que luego pasaría a la iglesia ortodoxa

⁴⁶ De nuevo Ruy González de Clavijo da una buena relación de reliquias en sus descripciones de las iglesias constantinopolitanas. Op. Cit.

⁴⁷ FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix...* pp. 194-195

⁴⁸ Ibid. pp. 192-193

⁴⁹ Ibid. pp. 195-196

⁵⁰ Ibid. p. 251

⁵¹ Ibid. p. 196

⁵² Ibid. Ibid.



griega. La devoción al *lignum crucis* se hizo tan fuerte que se conservó, a pesar de los demoleedores periodos de iconoclastia posteriores. Esta devoción se apoyaba en los poderes que se le atribuían a la reliquia, bien como protectora contra los enemigos, bien como remedio contra enfermedades, bien por cualquier otro hecho de carácter sobrenatural. En resumen se la consideraba como un objeto provisto de una fuerza insuperable.

Además de quedar establecido el poder de la Cruz contra los enemigos, eran frecuentes las curaciones milagrosas e incluso alguna que otra aparición. Según una tradición de la segunda mitad del siglo VIII, tras un terremoto ocurrido en el monte Varag⁵⁴, en Armenia, apareció en su cima una cruz-relicario de doble travesa, rodeada de ángeles cantando que, poco después, fue trasladada a un santuario. De tal modo que no es de extrañar que el peso de estos sucesos extraordinarios, que tenían como protagonista a la Vera Cruz, perdurara aún en los momentos más difíciles. Se sabe que la costumbre de llevar cruces al pecho, como protección para la salud del alma y del cuerpo⁵⁵, se mantuvo a pesar de los insultos de los iconoclastas; de tal modo que cuando, en el siglo IX, los iconódulos consiguieron su victoria definitiva, este culto, que había permanecido casi en la clandestinidad, resurgió con fuerza esplendorosa.

Y ¿qué estaba sucediendo mientras tanto con la reliquia? Salvo en los periodos en los que los emperadores apoyaron a los iconoclastas, la Vera Cruz fue también un arma diplomática y como tal se usó, enviándose fragmentos encajados en ricos relicarios a buena parte de occidente (aunque también a oriente y Mesopotamia). Sabemos que Justino II remitió un *lignum crucis*, hoy desaparecido, a santa Radegunda, en Poitiers, no en vano era la esposa del rey franco. El mismo emperador regaló otro relicario al Papa, y éste se conserva con pequeñas reformas del XVI.

Respecto al primero mencionado tuvo repercusiones importantes. Ya se han citado algunos datos de Gregorio de Tours que hacen referencia a él, pero hubo más: la liturgia occidental de la Vera Cruz, entonces incipiente, salió enriquecida con las composiciones realizadas en honor de la cruz de Poitiers por el poeta Venancio Fortunato, composiciones que no son otras sino el *Pange Lingua* y el *Vexilla Regis*, que entraron a formar parte de la liturgia de la adoración de la cruz del Viernes Santo y que se conservan e interpretan todavía en nuestros días.

Varias tradiciones no comprobadas sobre su origen afectan a algunas cruces relicario de doble travesa de occidente. En el caso de Colonia⁵⁶, sí parece ser cierto que la reliquia conservada en la catedral fue la que envió el obispo Anno II desde Constantinopla. Otras de las que hay referencias no se han conservado, posiblemente porque las reliquias fueron extraídas de sus relicarios y llevadas a otros lugares en nuevas cajas de estilo occidental⁵⁷.

⁵³ Ibid. pp. 189-190 y 216

⁵⁴ Ibid. p. 213

⁵⁵ Ibid. p. 214

⁵⁶ FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix*. p. 255

⁵⁷ No se mencionan una buena cantidad de envíos realizados desde Constantinopla a occidente de



Y así, no solamente fueron prodigándose los fragmentos de la Vera Cruz en el mundo latino, sino que con ellos llegaba también un culto específico, acompañado de milagros y tradiciones, que en siglos anteriores se habían dado en Bizancio. Como prueba, citaré la utilización de una reliquia durante el sitio de París por los normandos, en los años 885-886, en donde se pudieron atribuir a su intercesión tanto la huida de los enemigos, según narra Paulino de Nola a principios del siglo V⁵⁸, como su poder contra el fuego que éstos, en su retirada, habían conseguido prender en una de las torres defensivas. Un caso parecido lo tenemos en Cortona, ciudad en la que se utilizó una cruz-relicario flanqueada por ángeles (los arcángeles Miguel y Gabriel) contra las tribus bárbaras⁵⁹; sin olvidar las reiteradísimas curaciones de diversa índole.

A pesar de todo, aunque en algunos lugares de occidente se localizaron importantes focos de adoración al *lignum crucis*, no es menos cierto que, en general, el culto a la Vera Cruz, hasta el siglo XIII, fue muy similar al de otros santos restos. Pese a que para algunos entendidos se tratara del objeto que había estado en contacto directo con el cuerpo del Redentor y como tal les podía acercar más a Él, para el común de los fieles la cruz de Cristo no era otra cosa que el mejor talismán, algo que en sí mismo ya tenía poderes sobrenaturales, era algo dotado de un poder inalcanzable para el hombre y muy superior al de otras reliquias.

Son escasos los relicarios de occidente entre los siglos VII y XI, incluso se sabe que algunos se perdieron, como el regalado por el papa Gregorio Magno a Recaredo con motivo de su conversión al cristianismo (que la tradición sitúa después entre los objetos contenidos en el Arca Santa de la catedral de Oviedo); o el enviado por el mismo pontífice a Adulvaldo a fines del siglo VI y que más tarde fue olvidado y luego desapareció de la catedral de Monza. No cabe duda de que estas pérdidas no hubieran sucedido si el culto a la reliquia en esos lugares hubiera sido fuerte.

El interés latino por oriente. Las peregrinaciones en torno al año mil

Si bien oriente y occidente se fueron distanciando cada vez más en el transcurso de los siglos que van desde el VII al XI, tanto en lo político como en lo religioso, es cierto que los viajes y peregrinaciones a Tierra Santa fueron una constante, a pesar de que los santos lugares estuvieran en poder de los musulmanes. Sin embargo, este flujo aumentó considerablemente en torno al año mil. Tal vez no fuera ajeno a este hecho el tan recurrido temor apocalíptico, en el cual se temía que, después de diez siglos desde la llegada de Cristo, tendría lugar la segunda venida de Dios a la tierra, la Parusía, con el juicio final y el fin del mundo.

En el siglo XI encontramos como peregrinos atestiguados a tierra santa “... una larga serie de obispos italianos, franceses, ingleses y alemanes y después un

estaurotecas de una sola travesa, latinas o griegas, por no entrar las cruces de este tipo, en general, a formar parte de este trabajo.

⁵⁸ FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix*, p. 223

⁵⁹ *Ibid.* pp. 239-241



rey noruego, un príncipe danés, un duque de Normandía y condes de Barcelona, Tolosa, Anjou, Luxemburgo, Flandes, Holanda y Kent, todos con su brillante séquito..."⁶⁰ a los que se le unía multitud de peregrinos anónimos formando grupos de varios cientos de personas. Los viajeros, a la ida o al regreso de Jerusalén, solían pasar por Constantinopla, donde se almacenaba el mayor número de reliquias del mundo cristiano, y allí intentaban adquirir por cualquier medio las que no habían podido conseguir en tierra santa.

No obstante, la relación entre la Iglesia Romana y el patriarcado de Constantinopla, apoyado y dirigido firmemente por el emperador, llegó a romperse violentamente en 1054, tras los enfrentamientos entre Miguel Cerulario y el legado pontificio Humberto da Silva Candida, lo que supuso, en lo sucesivo, que ambas Iglesias se consideraran mutuamente como heréticas. Este hecho implicó que el paso de peregrinos latinos por Constantinopla no fuera, en adelante, tan bien visto por el mundo griego como en épocas anteriores.

Esta serie de viajes a tierra santa, ininterrumpida durante centurias, que había supuesto un pequeño, pero constante, intercambio de conocimientos entre las dos partes del Mediterráneo, vino a sufrir un duro golpe con la conquista de Jerusalén por los turcos selyúcidas en 1071. Éstos, con sus medidas intransigentes, provocaron una drástica reducción de peregrinaciones por falta de seguridad y la destrucción de un buen número de templos cristianos, entre ellos las basílicas del Santo Sepulcro y la Anastasis.

Constantinopla quedaba de nuevo convertida en el único centro cristiano de oriente que podía hacer sombra a la sometida Jerusalén. Sin embargo, Roma y el occidente entero respondieron de forma unánime a esta nueva situación a través de las cruzadas. La llamada del papa Urbano II para reconquistar los santos lugares, después del concilio de Clermont-Ferrand, obedecía, en principio, a una causa puramente religiosa, a la cual habría que sumar la petición de auxilio que el emperador Alejo I realizó al papado para contener al islam⁶¹. Esta solicitud no pudo ser atendida de inmediato, debido a las luchas que la Iglesia mantenía contra el imperio germánico; pero en 1095, un buen número de caballeros europeos, a las órdenes de Godofredo de Bouillón, secundó la solicitud y, tras un azaroso camino⁶² jalonado de disputas con el emperador bizantino y de victorias contra el islam, consiguieron

⁶⁰ KUGLER, B. *Historia de las cruzadas*. Montaner y Simón. Barcelona, 1890. p. 5

⁶¹ Sobre la motivación religiosa de la primera cruzada vale la pena ver el inicio de la Historia Anónima de la Primera Cruzada, coetánea de los hechos, en la que se da el motivo religioso como el único motor de esta gesta de armas ver "Histoire anonime de la premiere croisade (Gesta Francorum et aliorum Hierosolimitanum, c. 1099) – Les clásiques de l'histoire de France au moyen age" en *Les belles lettres*. París, 1964. pp. 3-205. Traducida del francés por José Marín R. Edición digital de la Universidad de Buenos Aires. 2002

⁶² Por cierto en el largo tramo del camino que atravesaba los territorios europeos del imperio bizantino, los cruzados se encontraron con algo que después sería frecuente en occidente. Tras conseguir Bohemundo de Tarento que sus huestes no asolaran una ciudad griega, los habitantes de la misma salieron en procesión de las murallas de la ciudad, la cruz en mano, y vinieron en presencia de Bohemundo que les recibió con alegría y les permitió retirarse felizmente. Histoire anonyme de la premiere croisade. Op. Cit.



conquistar Jerusalén en julio de 1099 (por cierto, que uno de los primeros actos jurisdiccionales de los cruzados en Jerusalén fue el nombramiento del patriarca latino “... *este fue Arnulfo, antiguo capellán del duque Roberto de Normandía, ... activo y hábil, el cual, además, había tenido la dicha de encontrar, poco después de haber tomado posesión de su dignidad, la reliquia de la Santa Cruz. Esto es, un pedazo de madera de la cruz en la cual había sido crucificado el Salvador...*”⁶³)

Según la tradición⁶⁴, la reliquia habría sido escondida antiguamente (antes de la toma de Jerusalén por Omar, aunque otros decían que se ocultó justo antes de la entrada de los cruzados), bien para protegerla de los musulmanes, bien para salvarla de la “piadosa avidez” de los francos. El lugar en el que se encontraba fue indicado a Arnulfo por el patriarca Simeón o por otra persona anónima. Así, el hallazgo (5 de agosto de 1099) vino a reforzar la posición de un patriarca nombrado de una forma no muy limpia. En cualquier caso, supuso un importante impulso en el estado de ánimo de los cruzados. Vale la pena hacer notar que la reliquia hallada por éstos fue descrita como de un tamaño considerable: un palmo y medio de largo, un pulgar de ancho y otro tanto de espesor. Entre la fecha indicada y el 4 de julio de 1187, día en que desapareció definitivamente tras la batalla de Hattin, la Vera Cruz del Santo Sepulcro de Jerusalén precedió a los cruzados en todas sus batallas y se convirtió en la más preciada reliquia de tierra santa.

Durante cien años, el espacio que media entre la primera y tercera cruzadas, muchos caballeros que habían participado en las diversas expediciones, volvieron a sus lugares de origen, quizás más pobres que antes, pero con un bagaje religioso distinto al que tenían a su partida, especialmente en lo que se refiere a las reliquias de la Pasión. De este tiempo data la primera gran afluencia de estaurotecas a occidente. Entre las de doble travesa destacan la de Zwiefhalten, traída desde tierra santa por Bertold de Sparevarisege entre 1130 y 1141; la de la abadía de Grandmont, enviada en 1174 por Amauri I, rey de Jerusalén; la del monasterio de Schira, en Baviera, que fue llevada desde Jerusalén hacia 1156, y algunas otras de las que sólo ha quedado noticia documental. Todas ellas son de estilo bizantino, en algunos casos manufacturadas en la propia Constantinopla, e inspiraron la ejecución de algunas estaurotecas, como la del Museo de Urbino, del siglo XII; la de la catedral vieja de Brescia o la de la cartuja de Farneto, ambas también del XII. En Marienstern, Sajonia, se conserva un tríptico con la Vera Cruz de doble travesa, traído de tierra santa tras la tercera cruzada⁶⁵.

Muchas de estas piezas se conservaron en buen estado dentro de sus estaurotecas, otras sufrieron añadidos; algunas, modificaciones, como las que se hicieron para adaptarlas en el extremo de un asta para servir de báculos o cruces procesionales⁶⁶, o las que se transformaron en ostensorios. Sin duda, poseer un fragmento de la Vera Cruz o, en su defecto, de alguna de otras reliquias dominicales, se convirtió en un

⁶³ KUGLER, B. *Historia de las cruzadas...* p. 27

⁶⁴ FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix...*, pp. 286-287

⁶⁵ *Ibid.* p. 373

⁶⁶ *Ibid.* pp. 378-379



privilegio para cualquier templo. La facilidad de intercambios con el reino latino de Jerusalén propició una abundante circulación de reliquias de toda índole, aunque, como más arriba se indica, la Vera Cruz de Jerusalén fue, desde el siglo IV, tan solo un diminuto fragmento del *lignum crucis* original, por lo cual no es lógico pensar que de él se extrajeran muchas partículas para otros lugares.

La cuarta cruzada y el imperio latino

Los reveses sufridos por los estados cristianos de tierra santa a partir de la batalla de Hattin, en 1187, en la que, al parecer, se perdió definitivamente la Vera Cruz del Santo Sepulcro, fueron razón de que se convocara una nueva cruzada, cuyo ejército quedó establecido en 1202. Esta inmensa hueste fue acantonada en Venecia, en donde los problemas económicos comenzaron a hacerse insoportables. En estas condiciones el dux de Venecia, Enrico Dándolo, ya nonagenario, se comprometió a sufragar los gastos de los cruzados a cambio de obtener la dirección efectiva de la tropa.

Inicialmente se dirigió el ejército hacia la costa dálmata, en la que conquistó Zara, nido de piratas según los venecianos, y allí fue donde el depuesto Basileus bizantino pidió ayuda a los cruzados para recuperar el trono. Ante tan inesperado acontecimiento, los dirigentes de la hueste no dudaron en dirigir su acción hacia Constantinopla, en la cual se habían comprometido a entronizar a Alejo, el emperador caído, a cambio de sustanciosos beneficios económicos.

Tras varios meses de titubeos e incidentes diversos y, después de un breve sitio, los cruzados se apoderaron de la capital del imperio el 13 de abril de 1204. El saqueo a que fue sometida la ciudad proporcionó un botín que sobrepasaba, con mucho, las mayores aspiraciones de los soldados, según comentaba uno de los participantes: *"pusimos en común todo el botín y nuestras ganancias y llenamos tres torres muy grandes con plata"*⁶⁷. Según un cronista decimonónico *"...el asesinato, el incendio y el saqueo se extendieron por las calles: las mujeres y las jóvenes fueron arrancadas de los brazos de sus esposos y padres, lo que perdonaba el fuego era destrozado en medio del frenético deseo de destrucción. Oro, plata, armas y ropas, todo lo arrebataron los vencedores, y los tesoros artísticos que durante quinientos años se habían amontonado en la incomparable ciudad, desaparecieron en gran parte en ese terrible día. Los eclesiásticos, entre tanto, se pusieron a buscar las innumerables reliquias de Constantinopla, tan celebradas en el mundo y se apropiaron de cuantas pudieron..."*⁶⁸.

Sin embargo, el relato que mejor describe este terrible suceso, referente al saqueo de Santa Sofía, es la coetánea crónica de Novgorod, y dice lo siguiente: *"El lunes 12 de abril, aniversario de San Basilio confesor, habiendo penetrado en la ciudad del universo la totalidad de los francos, acamparon en el lugar que antes había ocupado el emperador de los griegos, junto al Santísimo Redentor, donde*

⁶⁷ "Devastatio constantinopolitana". En *Anales de historia antigua y medieval*. Int. Trad. Y notas de M.A.C. de MUSCHIETTI y B.S. DÍAZ PEREYRA. Buenos Aires, 1970. pp 185-199

⁶⁸ KUGLER, B. *Historia de las cruzadas...* p. 114



también pernoctaron. Con el día, a la salida del sol, invadieron Santa Sofía y, utilizando las puertas que habían arrancado, destruyeron el púlpito sacerdotal adornado con plata, y doce columnas argenteas; cuatro celdas, cuyas paredes estaban decoradas con imágenes, fueron arruinadas y el altar así como las doce cruces que estaban sobre él, así como tenebrarios más altos que un hombre y los soportes del ara asentados en medio de columnas, todo ello fabricado en plata. Arrebataron también la magnífica mesa engalanada con gemas y grandes perlas; tales las acciones que insensatos cometieron. Luego destrozaron cuarenta cálices que estaban en el altar y candelabros de plata de los cuales había tal cantidad que no podríamos enumerarlos. No digo tales cosas sólo con respecto a la iglesia de Santa Sofía porque también acometieron depredaciones en la iglesia de Santa María, en Blaquernas, hasta la cual todos los viernes desciende el Espíritu Santo. Ninguno podría enumerar las restantes iglesias por ser innumerables. Dios, valiéndose de la piedad de los hombres buenos, conservó la mirífica Hodegetría (es decir la que guía por la ciudad) y el edificio de Santa María y confiamos que hayan sido conservados hasta estos días. Saquearon todos los otros edificios y monasterios, tanto dentro como fuera de la ciudad, cuyo número y belleza nos sería imposible describir; despojaron a los monjes, religiosas y presbíteros. Así feneció el imperio de la ciudad de Constantino, custodiado por Dios; la tierra de los griegos dejó de estar entre los reinos y los francos se apoderaron de ella”⁶⁹

En resumen, y según las palabras de otro contemporáneo: “...el botín fue tan grande que nadie os podría hacer la cuenta: oro y plata, vajillas, piedras preciosas, satenes, vestidos de seda, capas de cibelina, de gris, de armiño y toda clase de objetos preciosos como nunca se encontraron en la tierra. Godofredo, mariscal de Champagne, da testimonio según la verdad y en su conciencia, que, desde que el mundo fue creado, nunca se hizo tanto botín en una ciudad”⁷⁰.

Inmediatamente después de la conquista y saqueo de Constantinopla, se procedió a la elección del nuevo emperador, recayendo la corona en Balduino de Flandes. Los venecianos, a cambio, se hicieron con el patriarcado y todas sus riquezas y prebendas.

El establecimiento del imperio latino de oriente supuso la creación de un nuevo estado cristiano que perduraría casi sesenta años. Ya en 1204 muchos caballeros cruzados volvieron a sus tierras de origen cargados de riquezas, o bien las enviaron desde Constantinopla a sus familiares o a los centros religiosos a los que querían beneficiar. Francia y Alemania se llenaron de relicarios bizantinos, especialmente de la Vera Cruz y de reliquias de la Pasión. No olvidemos que Constantinopla se había convertido en el depósito de reliquias más importante de toda la cristiandad, hasta el extremo de que, a lo largo de los siglos, muchos peregrinos que habían viajado a tierra santa con la intención de proporcionarse esos venerables restos, vieron sus deseos frustrados y solamente a su regreso pudieron conseguir las tan

⁶⁹ DE MUNDO LO, S. “La cuarta cruzada según el cronista novgorodense” en *Anales de historia antigua y medieval*. Buenos Aires, 1950. pp. 136-141

⁷⁰ VILLEHARDOUIN, G. *La conquête de Constantinople*. París, 1973. Vol. 2. p. 53



deseadas prendas en Constantinopla. Y esto sucedió así hasta entrado el siglo XVI, cuando ya los turcos habían hecho desaparecer los últimos vestigios del imperio bizantino.

Aún se conservan, o se tiene noticia, de algunos *lignum crucis* de doble travesa provenientes del saqueo de Constantinopla. Entre ellos destacan la cruz de oro y gemas realizada entre 917 y 1071 y guardada en la Basílica de San Pedro, en Roma⁷¹; o la excepcional estauroteca con tapa corredera, hecha en oro, gemas y esmaltes hacia el año 920 y que el caballero Ulrich von Ulmen depositó en la catedral de Limburgo⁷². Podríanse mencionar muchos más⁷³.

Pero no únicamente los saqueos declarados fueron fuente de relicarios de la Vera Cruz. Según los Grandes Anales de Colonia, uno de los *lignum crucis* del palacio imperial, que era tan grande como la pierna de un hombre, con más de un metro de largo, fue repartido entre muchos caballeros por los obispos de la armada que tomó Constantinopla⁷⁴.

Por otro lado, no hay que olvidar que una buena parte del tesoro imperial pasó a manos de los nuevos soberanos latinos y éstos continuaron con la política de sus antecesores, de utilizar tan abundante depósito de reliquias para ganarse a otros gobernantes y poderosos. De una forma u otra se sabe, por ejemplo, que la cruz de doble travesa alojada en una caja de oro o plata dorada que el emperador Balduino I llevaba en las batallas, llegó a Inglaterra en 1220, depositándose en la abadía de Bronholm, la cual se convirtió en un centro de peregrinación, merced a los milagros obrados por ella⁷⁵. Igualmente, la Basílica de San Marcos de Venecia posee otra estauroteca de doble travesa que había pertenecido a Enrique I, segundo emperador latino de Oriente.

De forma más sosegada, hasta 1261, fecha de la caída del Imperio Latino, los relicarios siguieron llegando a occidente. Evrard de Barres, monje de Claraval y antiguo caballero templario que luchó en la cuarta cruzada, donó a su abadía, hacia

⁷¹ FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix...* pp.231-233

⁷² *Ibid.* 233-237

⁷³ Entre ellas, y solamente tomando los datos de A. FROLOW, aparecen las siguientes: la caja de la colección Fieschi-Morgan, del museo Metropolitano de Nueva York (FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix*. pp. 249-250), la cruz de doble travesa encajada en una cruz latina mucho mayor, de la abadía de Montecassino (*Ibid.* pp. 266-268), la de Troyes, en oro, filigrana y piedras, depositada allí por el caballero Jean Langlais, participante en la cuarta cruzada (*Ibid.* p. 276), la de Alejandría, en el Piamonte, donada por otro participante en la cruzada, Opizio de Reversati (*Ibid.* pp. 401-402), otra más, desaparecida de Troyes durante la revolución francesa (*Ibid.* pp. 391-393) otra en la abadía de Heisterbach, diócesis de Colonia, aportada también por Ulrich von Ulmen (*Ibid.* p. 399). El mismo caballero proporcionó otra estauroteca de doble travesa a la abadía de San Matías y Euquerio en Tréveris (FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix, Recherches sur le développement d'un culte*. París, 1961. pp. 413-414), También la de San Salvador de Lavagna, en Liguria, hoy conservada en el Museo Metropolitano de Nueva York (*Ibid.* p. 432). Otra más en la catedral de Praga (*Ibid.* p. 513), cuyo relicario se sustituyó por uno nuevo casualmente en 1711, como en Caravaca. O la que se conservaba en la basílica de San Francisco, en Asis, enviada desde Constantinopla por un cruzado (*Ibid.* p. 467)

⁷⁴ *Ibid.* p. 381

⁷⁵ *Ibid.* pp. 414-415



1217, un *lignum crucis* en una estauroteca en forma de cruz latina⁷⁶; poco después, entre 1224 y 1232, otro extemplario, Artaud, hacía al mismo templo otro regalo, esta vez un relicario de doble travesa⁷⁷. Incluso Balduino I de Flandes, recién elegido para el trono imperial, envió a los templarios algunos regalos, entre ellos una gran estauroteca, que nunca llegó a su poder⁷⁸.

En fin, el hecho indiscutible es que directa o indirectamente, el saqueo de Constantinopla por los participantes en la cuarta cruzada y el posterior establecimiento del Imperio Latino durante casi seis décadas, fueron la causa principal de que la afluencia de estaurotecas a Europa occidental llegara en el siglo XIII a cotas inusitadas. Las noticias de estos relicarios entre el siglo IV y el XV ponen de manifiesto la importancia de la cuarta cruzada en la difusión de la reliquia y del culto a la Vera Cruz en occidente. Así tenemos documentados 12 *lignum crucis* en el siglo IV; 17 en el V; 24 en el VI; 21 en el VII; 26 en el VIII; 44 en el IX, 55 en el X; 106 en el XI; 161 en el XII; 227 en el XIII; 152 en el XIV y 149 en el XV⁷⁹.

Como se ha podido ver, varios templarios mencionados arriba formaron parte de la hueste que conquistó la ciudad del Bósforo y, a título particular, poseyeron relicarios de la Vera Cruz. Pero además, la orden del Temple, en su calidad de banquera, tuvo la suerte de que el emperador Balduino II le diera en empeño todas las reliquias del Palacio Imperial de Constantinopla, las cuales estuvieron en su poder hasta que Luis IX de Francia, san Luis, adquirió los derechos de desempeño de aquél y abonó a los caballeros la deuda⁸⁰.

No creo descabellado pensar que durante este periodo de tiempo, o poco después, el Temple distribuyera varios *lignum crucis*, generalmente en estaurotecas que contenían cruces de doble travesa, entre varios de sus caballeros, o mejor aún, entre algunas de las bailías. Así, dice la tradición que en la primera mitad del siglo XIII llegó la reliquia de la Vera Cruz a la iglesia de San Juan Bautista de Morbihan, en Bretaña, Francia⁸¹. Más cierta es la noticia de la cruz de la localidad templaria de Cataluña, Riels del Fai, de doble travesa y del siglo XIII⁸²; o la de Corbins, también villa del Temple, que posee una cruz de finales del mismo siglo⁸³. Aún más contrastado parece el caso de la cruz que los templarios tuvieron en su castillo de Ponferrada⁸⁴, hoy en la catedral de Astorga, y yo tengo pocas dudas de que también fue éste el caso de la Vera Cruz de Caravaca.

III - Caravaca

Tras lo dicho, considero muy probable que fue esa orden la que trajo a Caravaca la Vera Cruz. Tal vez nunca consigamos saber el porqué. La Vera Cruz no fue nunca,

⁷⁶ FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix* ... p. 410

⁷⁷ Ibid. pp. 389.391

⁷⁸ Ibid. p. 381

⁷⁹ Datos extraídos de FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix...*

⁸⁰ Ibid. pp. 427-430

⁸¹ Ibid. pp. 592-593. Eso dice la tradición, aunque la cruz se conserva en un relicario del siglo XV

⁸² Ibid. p. 440 y FROLOW, A. *Les reliquaires de la Vraie Croix...* p. 157

⁸³ FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix*. p. 458

⁸⁴ Ibid. p. 467 y *La ciudad en lo alto*, Murcia 2003. p. 20



ni siquiera en su forma latina o griega, una advocación templaria. Ya en el siglo XVII Robles Corbalán apuntaba: "... algunos han querido decir, sin fundamento, que esta Cruz de Caravaca es conforme a la que traían los templarios, y que se conservó allí, como vayría que fue esta villa de aquella orden, y yerran..."⁸⁵. También, refiriéndose a las cruces de doble travesa dice Gregorio Sánchez Romero: "... su distribución a traves de relicarios de doble brazo en el mundo, no siempre se corresponde con las zonas de presencia templaria..."⁸⁶

En algunas publicaciones se ha apuntado la idea de una intervención del Temple en la llegada de la Cruz a Caravaca⁸⁷ aunque también se relaciona a esta orden con el culto a la reliquia a nivel europeo, cosa que no comparto en absoluto. El culto, la advocación propia del Temple fue la de Santa María, como bien documenta Gonzalo Martínez Díez en su monografía sobre ella⁸⁸, actitud que también se puede acreditar en Caravaca, como más abajo veremos. Aunque se ha indicado como posible esta intervención templaria, el momento y la forma en que el *lignum crucis* fue depositado en la fortaleza nunca se ha definido. Vamos a ello.

La primera noticia que yo considero cierta sobre la Vera Cruz es la tantas veces citada descripción del sello del Concejo de 1285⁸⁹, sin embargo creo que 19 años, los transcurridos desde el fin de la sublevación mudéjar de 1266, no son bastantes para que una reliquia haya adquirido la importancia suficiente como para ocupar lugar preferente en un sello como ése. Si se coloca como arma principal de la villa es porque su presencia identifica rápidamente a la población ante el que lo ve. ¿Por qué no un castillo, como en Moratalla, Cehegín o Mula? ¿Acaso no era suficiente con la vaca que acompaña a la cruz? Me parece que esa identificación de la Vera Cruz con Caravaca requería más tiempo y, tal vez, el recuerdo de un hecho importante.

Sospecho que la reliquia fue traída por los Templarios antes de la sublevación mudéjar de 1264-66 y me baso para afirmarlo en varias razones que surgen de una primera pregunta: ¿Por qué la Vera Cruz de Caravaca tiene una capilla propia dentro del "castillo" y no en Santa María o en la iglesia principal de la villa?

Creo que la reliquia llegó a Caravaca en un momento en el que concurrían unas circunstancias especiales. En primer lugar, me parece que ya en la década de los 50 del siglo XIII, tal vez a partir de 1257, la orden del Temple estaba asentada en la ciudad, no como dominadora de un señorío, sino tal vez como simple teniente en nombre del rey de Castilla⁹⁰, como había sido en 1243 Berenguer de Entenza. Como

⁸⁵ ROBLES CORBALÁN, J.: *op. cit.* Hoja 52

⁸⁶ SÁNCHEZ ROMERO, G.: "Ensayo histórico ...", p. 54

⁸⁷ Entre otros, y por citar sólo al más moderno, GRINÁN MONTEALEGRE, M.: "La orden militar de Santiago y la Vera Cruz: su influencia en Caravaca hasta el siglo XVIII", *Actas del II Congreso Internacional de la Vera Cruz*. Caravaca de la Cruz, 2002, p. 327

⁸⁸ MARTÍNEZ DÍEZ, G.: *Los templarios en la corona de Castilla*. Burgos, 1993.

⁸⁹ POZO MARTÍNEZ, I; FERNÁNDEZ GARCÍA, F. MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D.: *La Santa Vera Cruz de Caravaca...* p. 49. Doc. 1

⁹⁰ Al contrario de lo que sucedió con Aledo y Totana que fueron concedidos a Santiago comoseñorío por estas fechas, tal vez aquí no se rompió el pacto. Sobre estas donaciones a Santiago y sobre el estado



tenientes sólo podían administrar aquellas rentas que habían sido concedidas al monarca en virtud del tratado de Alcaraz, y en su calidad de mera administradora no podía repartir propiedades entre nuevos pobladores ni dirigir la vida de la villa al modo castellano.

Por ello, entiendo que a su llegada a la fortaleza, que pertenecía al rey según lo estipulado en el mencionado pacto, los primeros templarios colocaron el *lignum crucis* en una capilla privada, instalada en una de las torres del castillo de dentro. Poco después, pero no simultáneamente, se debió edificar la primera iglesia de Santa María, advocación plenamente templaria como arriba se indica, para servir de lugar de culto al escaso grupo de moradores cristianos que trabajaba en la administración y defensa del territorio, aunque la Vera Cruz se mantuvo en la capilla privada del teniente, como bien propio de la orden que, insisto, por razones que tal vez nunca conoceremos, la remitió a Caravaca.

Y de esta manera debió de permanecer en ese lugar, sin cambios, durante los años de la sublevación, porque sospecho que Caravaca no se perdió para Castilla. Cierto es que Moratalla cayó⁹¹, pero, también lo es que no sucedió lo mismo con Lorca o Mula que resistieron⁹², lugares con los que siempre había existido vinculación. Por tanto, la resistencia de la villa a la rebelión fue la raíz y origen primero, como vago recuerdo, de la leyenda de la Cruz, y su presencia en el castillo en esos momentos fue, a los ojos de los cristianos de la zona, la que otorgó fuerza a esa resistencia. Creo, pues, que, tras la definitiva reconquista castellana su fama creció espectacularmente y se divulgó por todo el Reino de Murcia como protectora contra el islam, de tal modo que en el momento de la concesión de las armas concejiles la simple presencia de la Vera Cruz bastaba para identificar a Caravaca, siendo por esto incluida en ellas.

Únicamente un “milagro” de este estilo podía haber dado a la reliquia esa fama. Un milagro “típico”, como antes he relatado, respecto a otros puntos de la cristiandad (Apamea, Constantinopla, París), un milagro tal vez conocido por algún clérigo de la época, tal vez un templario, que se encargaría de difundirlo como elemento propagandístico, tanto para animar a los cristianos, como, por supuesto, para desanimar a los infieles.

En los años siguientes a 1266, cuando se alejó a los mudéjares de los lugares fronterizos, pudo venir un número suficiente de nuevos pobladores cristianos y creo que, sólo a partir de ese momento, se hubo de aprovechar la pequeña mezquita islámica para levantar la iglesia parroquial de El Salvador, en el sitio que actualmente ocupa la de la Soledad⁹³. Mas, volviendo a la pregunta inicial, el culto a la

general del reino en estas fechas ver TORRES FONTES, J.: *La reconquista de Murcia en 1266 por Jaime I de Aragón*. Patronato de Cultura de la Excm. Diputación de Murcia. Murcia, 1967. p. 55

⁹¹ Ibid.. p. 96

⁹² No cabe duda de que estas dos importantes plazas tenían una abundante población cristiana, hecho que no se daba en Caravaca, pero también es posible que fueran suficiente apoyo para que la orden del Temple mantuviera Caravaca en poder de Castilla a lo largo de esos dos años.

⁹³ Digo “a partir de este momento”, pero creo que la fecha de erección de El Salvador pudo muy bien retrasarse hasta el siglo XIV.



Vera Cruz en la capilla privada del castillo era ya lo suficientemente fuerte como para dificultar el traslado de la reliquia al nuevo templo, aún más, para qué moverla si hasta el momento había estado bien; además, todavía estaba el Temple, ahora como señor de la bailía, y el origen real de la Vera Cruz aún no se había olvidado.

Por tanto considero que la intervención de los templarios en la llegada de la Vera Cruz a Caravaca fue primordial, pero de algún modo accidental, ya que sólo a través del empeño del tesoro imperial de Constantinopla, obra de Balduino II de Flandes, pudo la orden hacerse con un número importante de estauretecas que distribuyó entre diversas posesiones, una de las cuales, afortunadamente, fue Caravaca.

La reliquia

Pero ¿cómo era la Vera Cruz en el siglo XIII? Es incuestionable que estamos ya demasiado acostumbrados, tras más de doscientos años de existencia, a una imagen barroca de la Cruz de Caravaca, sin duda muy distinta de la primitiva. Es cierto que se han mantenido las proporciones a lo largo de los siglos, mas la reliquia caravaqueña ha sido un objeto de culto con una utilización constante. Como bien dice Rubio Simón⁹⁴ “*no estamos ante una representación pasional de la Cruz, sino de una visión triunfante que asegura la victoria, la protección contra elementos naturales y sobrenaturales y la curación de enfermedades*”, por ello su uso no estuvo nunca limitado a la Semana Santa, sino que, al contrario, desprendiéndose en nuestra ciudad de su enorme carga pasional, fue empleada en festividades de todo tipo, mayo, julio y septiembre, y, en especial, en rogativas diversas a lo largo del año⁹⁵. Todo lo cual ha ido ocasionando continuos desperfectos y desgastes, con sus consecuentes reparaciones, que han transformado radicalmente la fisonomía de la Vera Cruz de Caravaca.

Sabemos cómo era el relicario de 1777, del cual es copia el actual. No muy diferente debió de ser el de 1711, aunque algo menor en algunas de sus medidas⁹⁶. Se conserva, además, una fotografía del relicario de 1777 abierto, lo que nos permite ver la funda de oro que cubrió la reliquia a partir de 1711 para que se adaptara al relicario de esa fecha y para protegerla de mayores deterioros. Ya entonces tenía “... *el brazo desunido del cuerpo y árbol de dicha reliquia y estar deteriorada...*”⁹⁷. Las descripciones de este relicario nos lo muestran con cierto

⁹⁴ RUBIO SIMÓN, A.J., “La Cruz de Caravaca en Andalucía oriental, frontera, repoblación y devoción”, en *Actas del II Congreso Internacional de la Vera Cruz*, p. 406

⁹⁵ Sobre este aspecto hay una información bastante completa en FERNÁNDEZ GARCÍA, F., “Utilización institucional de la Vera Cruz de Caravaca, contra epidemias, enfermedades, plagas y fenómenos meteorológicos. Catálogo de acuerdos municipales. Siglos XVI-XVIII, en *Actas del II Congreso Internacional de la Vera Cruz*. Caravaca de la Cruz, 2002, pp. 269-292

⁹⁶ Esta mayor dimensión del relicario de 1777 está demostrada por la reforma que hubo de hacerse en la pieza que abraza la Cruz en el ostensorio y más aún en el portacruz, cuya parte superior se rehizo totalmente en esta fecha para adaptarla al nuevo relicario. Hay una óptima descripción de esta pieza, realizada por PÉREZ SÁNCHEZ, M., en *La Cruz de Caravaca, expresión artística y símbolo de fe*. Caravaca de la Cruz, 1997. p. 36

⁹⁷ FERNÁNDEZ GARCÍA, F. “El relicario de la Vera Cruz en 1711”, en *Revista de Fiestas de la Vera Cruz*. Caravaca de la Cruz, 1999



parecido al de 1777, pues estaba adornado con brillantes y otras gemas⁹⁸ y tenía cristales, a través de los cuales se podía ver la madera de la Vera Cruz. El relicario de la familia Mata⁹⁹ ha de ser bastante similar al de 1711, aunque tal vez menos rico.

A partir de estas fechas, se puede seguir el rastro hasta el siglo XVI gracias a las reproducciones en bronce o plata que copiaban, con mayor o menor fidelidad, el relicario de cada momento. Ya en el XVIII se arguye como una de las motivaciones de la ordenanza del Gremio de *Plateros* "...para que las dichas cruces se construyan y fabriquen con la mejor similitud con dicha santa reliquia..."¹⁰⁰

Estas pequeñas cruces nos permiten adivinar cómo era el relicario durante el s. XVII¹⁰¹, pues como afirma Manuel Pérez Sánchez su "... factura reproduce, por lo general, los valiosos y sugestivos estuches que albergaron y custodiaron la santa reliquia en el transcurso de los siglos..."¹⁰².

La forma de algunas de estas piezas concuerda bastante con la reproducción de la Vera Cruz de Caravaca que se custodia en el Museo *Victoria y Alberto* de Londres, y que casi se reduce a una cantonera de oro o metal dorado que cubre la totalidad de los cruces de las travesas con el montante y en los que aparecen grabados varios atributos de la pasión. Éste debió de ser el relicario medieval que vio Corbalán y que describe diciendo que "...está guarnecida de oro por las esquinas..."¹⁰³, lo que no se aprecia en los grabados que inserta este autor en su historia, ya que éstos solamente representan la madera, en un caso sola y en otro con los dos ángeles, constituyendo éste último el modelo iconográfico de la Cruz de Caravaca hasta nuestros días¹⁰⁴.

Por otro lado, parece que el relicario inmediatamente anterior a 1630 debía cubrir la madera en gran parte, de otro modo no se entienden los acuerdos del Ayuntamiento en los que se dispone "... que se desclaua la caja de la Santa Cruz para que inmediatamente se toquen las cruces..."¹⁰⁵. Sin embargo el Concejo adoptó continuas disposiciones para preservar a la Vera Cruz del deterioro, como sucedió

⁹⁸ POZO MARTÍNEZ, I; FERNÁNDEZ GARCÍA, F. MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D.: *La Santa Vera Cruz de Caravaca.*, vol. I. Pp. 279-280, doc. 459. "... por cuiu continuo roze se atribue la falta de unas veinte y tantas piedras de todas especies, y aunque el numero de que se componia seria de unas setecientas y mas piedras..."

⁹⁹ FERNÁNDEZ GARCÍA, F. Hace una reseña de esta pieza en el catálogo de *La ciudad en lo alto*, Murcia 2003. p. 182

¹⁰⁰ POZO MARTÍNEZ, I; FERNÁNDEZ GARCÍA, F. MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D.: *La Santa Vera Cruz de Caravaca.* vol. I... P. 256, doc. 423.

¹⁰¹ De ellas hay un buen ejemplo en las páginas 44 a 63 del catálogo *La Cruz de Caravaca, expresión artística y símbolo de fe.* Caravaca de la Cruz, 1997.

¹⁰² PÉREZ SÁNCHEZ, M. "Algunos aspectos sobre la Santísima y Vera Cruz de Caravaca en las artes", en *La Cruz de Caravaca, expresión artística y símbolo de fe.* Caravaca de la Cruz, 1997. s.p.

¹⁰³ ROBLES CORBALÁN, J.: Op. cit. Hoja 54v.

¹⁰⁴ ROBLES CORBALÁN, J.: Op. cit. Hojas. 51v y 76v. Para la iconografía GONZÁLEZ CASTAÑO, J Y MARTÍN-CONSUEGRA BLAYA, G.J. *Antología de la literatura de cordel en la Región de Murcia (siglos XVIII-XX)* Murcia 2004 p.XXXIII y apéndices sin paginar.

¹⁰⁵ POZO MARTÍNEZ, I; FERNÁNDEZ GARCÍA, F. MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D.: *La Santa Vera Cruz de Caravaca...*, vol. I. p. 241, doc. 201. 1650-IV-11.



en 1554¹⁰⁶, 1577¹⁰⁷, 1596¹⁰⁸ y en 1644¹⁰⁹, entre otras fechas. A pesar de ello, esa institución, y supongo que también el resto de la población, tuvo, hasta entrado el s^glo XIX, una idea clara de qué era la Vera Cruz y qué su caja, por lo que, en contra de lo dispuesto en muchas ocasiones, se ordenaba, por diversos motivos, la apertura de la caja de la Cruz, en 1650¹¹⁰ fue para que retocar unas cruces para la emperatriz; en 1656 para su adoración por la Marquesa de los Vélez¹¹¹; en 1657 para el Marqués¹¹² y en este mismo año para celebrar el nacimiento del príncipe don Felipe¹¹³.

Yo creo que este relicario de oro con esmaltes pudo ser obra de final del gótico, de las últimas décadas del s^glo XV, tal vez otra de las muchas reformas de los Chacón en la capilla de la Vera Cruz, pero no era el primitivo. Desde luego Corbalán no da noticia alguna sobre anteriores relicarios, tal vez los casi 130 años transcurridos desde este posible cambio bajo los Chacones lo hacían ya cosa olvidada y se tenía por el primitivo, por el de siempre.

Sin embargo algunas pistas nos llevan a otras conclusiones, aunque no tengamos tantos detalles. Volvamos a 1777.

Conocemos cómo era el relicario entonces, pues el actual es copia fiel y se conservan fotografías anteriores a 1934. Debió de suponer un cambio curioso, ya que además de ser ligeramente mayor que los anteriores fue el primero que estaba coronado por el *titulus*¹¹⁴, lo que obligó a modificar la pieza de ajuste en el ostensorio (pues de no hacerlo su mayor altura impediría su correcta colocación) y a bajar los soportes del relicario en la arqueta de Lorenzo Suárez de Figueroa.

¹⁰⁶ POZO MARTÍNEZ, I; FERNÁNDEZ GARCÍA, F; SÁNCHEZ ROMERO, G. y MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D.: *La Santa Vera Cruz de Caravaca. Textos y Documentos para su Historia (1517-2001)* Vol. II. p. 10, Doc. 6, 1554-IX-10

¹⁰⁷ POZO MARTÍNEZ, I; FERNÁNDEZ GARCÍA, F. y MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D.: *La Santa Vera Cruz de Caravaca...*, vol. I. pp. 89-90, Doc. 59, 1577-I-18

¹⁰⁸ POZO MARTÍNEZ, I; FERNÁNDEZ GARCÍA, F; SÁNCHEZ ROMERO, G. y MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D.: *La Santa Vera Cruz de Caravaca...*, vol. II. p. 25, Doc. 57, 1596-I-8

¹⁰⁹ POZO MARTÍNEZ, I; FERNÁNDEZ GARCÍA, F. y MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D.: *La Santa Vera Cruz de Caravaca...*, vol. I. pp. 134, Doc. 194, 1644-I-2, en donde se añade la prohibición de no enseñar la Vera Cruz "... si no es los viernes...". También la orden de Santiago, en una de las escasas ocasiones en que dispone algo sobre la reliquia, dice por medio de sus visitadores en 1526 "...Y ten se mandó que quando mostraren la Santa Reliquia el día de la Vera Cruz, quel vicario o su teniente la muestre a la jente e no llegue persona alguna a ella a tocar con quantas ni con otra cosa, salvo quel vicario la toque e la jente este desviada e no llegue a do estoviere la Santa Vera Cruz, salvo dos clerigos que llevan las hachas, en virtud de obediencia. (Visitacion de la villa de Caravaca. 1526/III/8, A.H.N. O.O.M.M. Uclés. Ms Santiago. 1080 C. Págs. 784-805)

¹¹⁰ *Ibid.* p. 141, Doc. 201, 1650-IV-11

¹¹¹ POZO MARTÍNEZ, I; FERNÁNDEZ GARCÍA, F. y MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D.: *La Santa Vera Cruz de Caravaca...*, vol. I. p. 157, Doc. 214, 1656-X-4

¹¹² *Ibid.* Pp. 157-158, Doc. 215, 1657-II-11.

¹¹³ *Ibid.* p. 159, Doc. 220, 1657-XII-1

¹¹⁴ Anteriormente ninguno lo llevaba, como prueban las muchísimas reproducciones anteriores a esta fecha, tanto en metal como impresas, y en especial el relicario de la familia Mata, que también carece de él, lo que no habría sido lógico si el *titulus* hubiera estado presente.



El relicario de 1711 era similar al de 1777, aunque ligeramente más pequeño. Se hizo con unas medidas mal tomadas, tal vez incluían el relicario anterior, por lo que cuando se intentó introducir en él la reliquia hubo de hacerse un estuche de oro que "...ajuste a ella y pueda coger la Santa Cruz y llene lo que tiene de grande la caja, quedando los vacíos correspondientes a los cristales..."¹¹⁵. Así pues, al asentarse este relicario en la arqueta del maestro de Santiago tuvieron que quitarse los antiguos soportes y hacer unos nuevos, que son los que hoy se conservan, aunque desplazados para su adecuada adaptación al relicario moderno.

Si hacemos caso al padre Cuenca¹¹⁶, en el año 1630 el Concejo de la villa decidió construir un nuevo relicario para la Vera Cruz y, para ello, llamó al platero Luis de Córdoba, residente en Murcia, aunque natural de Caravaca, habilitándole como taller y morada la torre Chacona de la fortaleza. El único dato objetivo que tenemos de dicho relicario nos lo da el propio Cuenca, al exponer que el trozo de madero se iba a engastar en oro fino.

Pero podemos apreciar que entre el variado repertorio de reproducciones en metal de la Vera Cruz hay un grupo fechado en el siglo XVII que mantiene un diseño casi homogéneo y que, en sí mismo, ya muestra una transición entre el relicario casi descubierto del siglo XVI y el cerrado del XVIII. Quizás los mejores ejemplos sean la excepcional cruz propiedad de la familia Sala¹¹⁷ o la muy similar existente en la Santa Iglesia Catedral de Murcia¹¹⁸. En ellas se aprecia cómo los huecos para ver y tocar la madera en la faz de la cruz son más y mayores de lo que debieron ser en el engaste de 1713 y, tal vez, no estaban protegidos por cristales. Sin embargo tapan y protegen mucho más que el relicario del XVI. Este grupo de cruces del siglo XVII, colgantes en su mayor parte, reproduce, sin duda, el estuche que perduró entre 1630 y 1713.

El relicario anterior, que se conservó desde fines del siglo XV, quizás desde 1480, hasta 1630, unos ciento cincuenta años, era bastante sencillo y sólo cubría el dorso y los lados de la madera, dejando vista en su frente buena parte de la misma. En la visita de la orden de Santiago de 1526 se describe así "...Esta en partes quebrada de la antigüedad e atada con vnas cuerdas de seda..."¹¹⁹, en 1536 se dice que "...estaba engastada en oro que la cubre por las espaldas e descubre por la faz de fuera el palo de la Vera Cruz, e está quebrado el palo por munchas partes de la antigüedad del tiempo..."¹²⁰, y en la de 1549 "...en dicha caja se halló la Santa Vera Cruz, la qual está quebrado el palo por munchas partes por la antigüedad del tiempo..."¹²¹. Era, como arriba se indica, ligeramente inferior en dimensiones al de

¹¹⁵ FERNÁNDEZ GARCÍA, F. "El relicario de la Vera Cruz en 1711..." s/p

¹¹⁶ CUENCA FERNÁNDEZ-PIÑERO, M. de, Op. Cit.. Pp. 223-224

¹¹⁷ *La Cruz de Caravaca, expresión artística y símbolo de fe*. Caravaca de la Cruz, 1997 P. 53

¹¹⁸ Ibid. p. 45. Del mismo estilo son las reflejadas en las páginas 46, 47 y 50.

¹¹⁹ Visitación de la villa de Caravaca. 1526/III/8, A.H.N. O.O.M.M. Uclés. Ms Santiago. 1080 C. pp. 784-805

¹²⁰ POZO MARTÍNEZ, I; FERNÁNDEZ GARCÍA, F. y MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D.: *La Santa Vera Cruz de Caravaca...*, vol. I. pp. 72-73, Doc. 24

¹²¹ Ibid. pp.80-81, Doc. 33



1711. Creo que la Cruz de Caravaca del londinense Museo *Victoria y Alberto*, es una buena copia del mismo.

Pero hay más, seguramente fue éste el primer relicario que tuvo los brazos rematados como en la actualidad, el que marcó el inicio de la forma típica de la Cruz de Caravaca, con sus terminaciones adornadas a base de pirámides truncadas y ensanches de formas semicirculares. Este tipo de añadido, rematando los extremos de las cruces, es un elemento común que sirve para proteger las terminaciones de brazos y montante, tanto de golpes o daños accidentales como de posibles sustracciones de fragmentos en las partes más dadas a ello. Ya están datados en la primera mitad del siglo X en la estauroteca de Limburgo y seguirán apareciendo, en diversos estilos, en el transcurso de los siglos siguientes.

Para este relicario se hicieron el portacruz y el ostensorio¹²², (ojo, en el siglo XVI se denominaba en Caravaca 'relicario' al ostensorio). Sin embargo éste no encajaba cuando se hizo, en la arqueta de plata de fines del siglo XIV y para poder colocarlo en ella hubo que cortar desde su base todo el tabicado con forma de cruz de doble travesa, donde se alojaba la primitiva Cruz de Caravaca, que era bien distinta a la que en ese momento las dádivas de los Chacones habían permitido ejecutar pues "...en principio la reliquia y su caja se adaptan exactamente la una a la otra..."¹²³.

¿Y antes de éste? Creo que hasta finales del siglo XV se conservó el primitivo relicario, aunque es indudable que se mantenía a fines del siglo XIV, cuando el maestre don Lorenzo Suárez de Figueroa donó la arqueta de plata que, con bastantes cambios, ha llegado a nuestros días. La placa del fondo de la misma conserva los vestigios de las modificaciones mencionadas arriba y, aún más, muestra claramente cómo era la Cruz en el siglo XIII¹²⁴.

He dicho anteriormente que creo que el *lignum crucis* de Caravaca procedía del tesoro imperial de Constantinopla empeñado por Balduino II de Flandes a los templarios, pero de esto no se puede aducir ningún diploma ni prueba que lo demuestre. Sin embargo la placa de plata de la arqueta medieval, y la propia arqueta en su conjunto, indican que se hicieron al modo occidental, siguiendo un modelo bizantino para custodiar una cruz de doble travesa, guarnecida de oro o plata dorada y repujada, al modo de la existente en la catedral vieja de Brescia¹²⁵; la inserta en el tríptico atribuido a Miguel VII Parapinakés, en la Lavra del Monte Atos¹²⁶; la del museo del Louvre de París¹²⁷ o, aún mucho más similar, la de Jaucourt¹²⁸, pues hay que tener en cuenta que "... en la mayoría de los casos el

¹²² MARIN RUIZ DE ASSÍN, D. "Dos donaciones a la Vera Cruz" ...

¹²³ FROLOW, A. *Les reliquaires de la Vraie Croix*... 95

¹²⁴ MARIN RUIZ DE ASSÍN, D. "La restauración de la arqueta de la Cruz", en *Revista de Fiestas de la Vera Cruz*, 1988. Caravaca de la Cruz, 1988

¹²⁵ FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix*..P. 366

¹²⁶ *Ibid.* pp. 278-279

¹²⁷ *Ibid.* p. 478

¹²⁸ *Ibid.* pp. 376-377



objeto está enteramente revestido de plata dorada, si no de oro. En los ejemplos más suntuosos gemas y esmaltes aún más preciosos se añaden al brillo del metal. Nada puede evocar mejor el gusto del fasto y el lujo bizantinos..."¹²⁹

Pero, en cualquier caso, era una cruz que tenía todos sus extremos rectilíneos, como es habitual en las cruces bizantinas y de la que se conserva una reproducción, creo que exacta, en el cuartel superior de la hoja derecha de la mencionada arquetipo¹³⁰. En esta reproducción se observa, también, un elemento extraño en el pie de la cruz, elemento que yo creo que no era otra cosa que un suplemento para adaptar la Cruz a un pie y que sirviera de ostensorio, como la de la catedral de Santiago de Compostela¹³¹; la del Museo Nacional de la Edad Media de las Termas de Cluny, en París¹³²; la de la catedral de Palma de Mallorca¹³³; la de Ponferrada-Astorga¹³⁴ o la Hildesheim¹³⁵, entre otras. Estos añadidos eran habituales, pues está demostrado que *"...las preferencias de los orfebres latinos se dirigían a las cruces de doble travesa expuestas sobre un pie o sobre el extremo de un asta..."*¹³⁶.

No tengo duda alguna de que la Vera Cruz de Caravaca estuvo hasta fines del siglo XIV dentro de una estauroteca bizantina o muy bizantinizante, casi con seguridad hecha de plata dorada, repujada y esmaltada y con una iconografía de la que únicamente se han conservado las figuras muy simplificadas de los arcángeles Miguel y Gabriel, típicos acompañantes del *lignum crucis* en los ejemplos bizantinos, aunque reducidos a los dos angelotes de la iconografía local, establecida probablemente a fines del siglo XVI y que coincide con otra norma propia de las cruces de este estilo, ya que, *"...por regla general sólo dos bustos de ángeles y eventualmente las alegorías del sol y la luna se añaden a las representaciones de la Madre y del discípulo amado..."*¹³⁷. Representaciones éstas del sol y la luna que, posiblemente, acompañaran de algún modo a la Vera Cruz de Caravaca, si consideramos fidedigna la ya mencionada existente en el Museo londinense citado, en cuyo tríptico aparecen esos elementos. Lo que no excluye que a los pies de la Cruz (en el interior de la estauroteca) estuvieran representados Constantino y Elena, y la Virgen y San Juan en su tapa, si era corredera, u hojas si era tríptico, que parece lo más probable¹³⁸.

Por ello, considero que hasta esas fechas, más menos 1392, se mantenían originales la Cruz y la estauroteca bizantinas y que, a causa de su deterioro, se

¹²⁹ FROLOW, A. *Les reliquaires de la Vraie Croix...* 101

¹³⁰ MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D. "Las primeras representaciones de la Vera Cruz", en *La Cruz de Caravaca, expresión artística y símbolo de fe*. Caravaca 1997. s.p. y "Algo más sobre el origen de la Vera Cruz", en *Revista de fiestas de la Vera Cruz, 2001*. Caravaca de la Cruz, 2001. s.p.

¹³¹ *La ciudad en lo alto*, Murcia 2003. p. 136

¹³² *Ibid.* p. 137

¹³³ *Ibid.* p. 138

¹³⁴ *Ibid.* p. 139

¹³⁵ FROLOW, A. *La Relique de la Vraie Croix...*p. 260-261

¹³⁶ FROLOW, A. *Les reliquaires de la Vraie Croix...* 125

¹³⁷ *Ibid.* pp. 165-166

¹³⁸ *Ibid.* p. 125 en donde dice: "Las cruces de doble travesa suelen estar alojadas, al menos en los ejemplos bizantinos, en medio de un panel protegido por una tapa corredera o por las hojas de un tríptico"



sustituyó la segunda por una nueva de estilo gótico, mas copiando absolutamente en su funcionalidad a la anterior. De ahí la existencia de un alveolo con forma de la cruz, ejecutado a base de tabiques de plata, realizado con la única intención de alojar con exactitud a la reliquia. Como tal copia se utilizó el esmalte, aunque supusiera un encarecimiento evidente del trabajo, y no sólo eso, sino que además en la inscripción latina que la rodea¹³⁹, se utilizó la palabra griega típica para designar este tipo de arquetas de la Vera Cruz, la palabra *teca*, nada habitual posteriormente en Caravaca, pero reconocida y tal vez escrita también en la vieja estauroteca¹⁴⁰

La Cruz de Caravaca, pues, no es un caso único en cuanto a sus orígenes, como podría desprenderse de la tradición local. En ella parece dársele más valor a su aparición milagrosa que al hecho de ser una pequeña parte de la madera que estuvo en contacto con el Cuerpo de Cristo. Desde esa perspectiva esta cruz es especial y no tiene relación con ninguna otra. En realidad es como un objeto celestial, llegado a Caravaca por medio de los ángeles, que aporta la gracia divina y procede directamente del Padre¹⁴¹. Nada más falso.

A lo largo del presente trabajo se han aportado datos suficientes, tanto del aspecto material como del cultural, que enmarcan el *lignum crucis* caravaqueño dentro del un contexto propio del siglo XIII, con un origen claro y unos paralelismos abundantes.

Como resumen, y aunque es cierto que con el transcurso de los siglos ha desaparecido casi todo el trasfondo pasional de la reliquia, aún se pueden rastrear algunos elementos que lo recuerdan. Por ejemplo, el engaste actual y, por supuesto, el de 1777, presentan en su anverso la corona de espinas y los tres clavos. De igual modo la funda de oro de 1711 muestra en su faz las cinco llagas, los tres clavos y dos látigos. Más importante todavía es la noticia que ha llegado hasta nuestros días sobre el cofre de marfil en el que se guardaba la arqueta de Lorenzo Suárez de Figueroa, que estaba "... muy bien ystoriado del nascimiento y Pasyon de nuestro señor Jhesuchristo..."¹⁴². No sabemos casi nada de este cofre, aunque casi con seguridad era obra de un taller occidental realizado para contener la estauroteca original.

Hay que tener en cuenta que las iconografías típicas de la cruz están relacionadas con el Nacimiento y Pasión de Cristo o con la Invención de la Cruz¹⁴³. Por eso, tanto en ese cofre de marfil como en las pinturas murales de la antigua capilla de la Vera Cruz, realizadas por Juan y Diego Chacón¹⁴⁴ a finales del siglo XV, en las que

¹³⁹ MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D. "Dos donaciones a la Vera Cruz" .En esta publicación un error de imprenta hizo que la palabra correcta INRETAUI, apareciera como INRETAURI.

¹⁴⁰ Sobre la denominación *teca* véase FROLOW, A. *Les reliquaires de la Vraie Croix*...p. 94

¹⁴¹ En MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D.: "Menos brujas", en *Revista del Carmen*. Caravaca de la Cruz, 1991, s/p, se trata precisamente de la censura que hizo la Inquisición a la obra de Corbalán, en el párrafo que expone esta peregrina teoría.

¹⁴² MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D. "Las visitas de la orden de Santiago a Caravaca, 1468-1507", en *Estudios de historia de Caravaca. Homenaje al prof. Emilio Sáez*. Murcia, 1998. p. 209

¹⁴³ FROLOW, A. *Les reliquaires de la Vraie Croix*...p. 163, 176, 208 y 216

¹⁴⁴ MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D.: *Las visitas de la orden de Santiago*... p. 210, AMBEL Y



se narraba gráficamente "...la estoria de la señora santa Elena e del fallamiento de la Cruz..."¹⁴⁵, se representaron algunos de esos elementos.

Pero no se debe olvidar que si bien el culto a la Vera Cruz era muy fuerte y estaba ampliamente difundido en el imperio bizantino o en Europa central, no se puede decir lo mismo del Reino de Murcia en la edad media y de la incipiente Caravaca cristiana. Por tanto, hay que pensar que, aunque la reliquia llegara a la fortaleza rodeada de una liturgia bien implantada en la Iglesia Romana, estaba en un lugar en el que los escasos pobladores cristianos no conocían la mayor parte de los portentos que se atribuían al *lignum crucis* desde el siglo IV, casos milagrosos que iban manteniendo a lo largo del tiempo, una aureola de santidad alrededor de la reliquia, ya que el simple recuerdo de la Pasión de Cristo aparecía como algo muy lejano en el tiempo y en el espacio. Se necesitaba algo más tangible.

Es decir, al llegar a Caravaca era una reliquia cuyo pasado particular era desconocido para casi todos, lo que iba en demérito de su valía ante la devoción popular.

Por todo lo dicho, el futuro estaba por labrarse y se construyó a base de milagros que, en la mayoría de los casos, carecían de originalidad, pues se habían repetido en otros lugares y otros tiempos. Algunos ya se han relatado en las páginas antecedentes, otros tienen concomitancias curiosas. Por ejemplo se dice que san Bernardo de Hildesheim tuvo la fortuna de que un ángel le entregase una cruz bajada del cielo¹⁴⁶. De la misma manera la leyenda cuenta que la cruz pectoral existente en Augsburgo fue entregada a san Ulrich por un ángel durante la batalla de Lechfeld¹⁴⁷.

Arriba se ha hecho mención de algún incendio sofocado por el poder de la Vera Cruz, pero en Caravaca tenemos un caso narrado, entre otros por Corbalán¹⁴⁸, en el que un incendio asola la capilla del castillo, saliendo el madero indemne, lo que ocurrió de forma similar en la Basílica de san Marcos, de Venecia, con la cruz de la emperatriz María¹⁴⁹.

Traigo a colación también la narración referente al platero Luis de Córdoba. Sustrajo unas partículas de la Cruz de Caravaca mientras realizaba el engaste de 1630¹⁵⁰; enfermó al punto, hasta una gravedad extrema, y sanó inmediatamente después de devolverlas. Como sucedió, según la tradición, al conde Alduino I con la cruz de Charroux¹⁵¹, en el siglo IX.

BERNAD, M. *Antigüedades de la villa de Cehegín*. Cehegín, 1995, p. 103 y ROBLES CORBALAN, J. Op. Cit. H 75v

¹⁴⁵ MARÍN RUIZ DE ASSÍN, D.: *Las visitas de la orden de Santiago...* p. 255

¹⁴⁶ FROLOW, A.: *Les reliquaires de la Vraie Croix...* p. 65 y *La Relique de la Vraie Croix...* P. 450

¹⁴⁷ Ibid. Ibid. Por cierto, a partir del siglo XVII o XVIII se empezaron a hacer reproducciones de esta cruz, a modo de recuerdo de peregrinaciones, bajo el nombre de Cruz de san Ulrich.

¹⁴⁸ ROBLES CORBALAN, op. Cit. Hoja. 78

¹⁴⁹ FROLOW, A.: *La Relique de la Vraie Croix*. Pp. 423-424

¹⁵⁰ CUENCA FERNÁNDEZ-PIÑERO, op. Cit. Pp. 223-224

¹⁵¹ FROLOW, A.: *La Relique de la Vraie Croix*. P. 230



De la misma manera, podemos comparar el suceso del pastor que hurtó la cruz de Caravaca y murió en la fuga¹⁵², o de diversas curaciones por el contacto con el agua bendecida por el *lignum crucis*¹⁵³. En fin, hay mucho más, pero no se trata de comparar, sino de aportar pruebas de la conexión con un entorno común.

Aparte de los milagros, no se deben pasar por alto las tradiciones. Es curioso el relato de la pérdida de las auténticas de la cruz de la catedral de Spoleto¹⁵⁴, que se parece enormemente al supuesto robo sufrido en Caravaca, según la historiografía local, a manos del arzobispado de Toledo¹⁵⁵. Tampoco fue Caravaca el único lugar en el que el mismo cofre guardó la reliquia y sus auténticas, pues igual se hacía en Angers¹⁵⁶. Lo mismo ocurre con otros aspectos, como el caso de la multiplicidad de custodios de la Vera Cruz: en Caravaca eran tres, el alcaide, el vicario y el concejo; en Bonifacio, Italia, dos¹⁵⁷; en Alejandría del Piamonte, ocho¹⁵⁸...

Lo dicho, en fin, no hace sino unir más al madero de la Cruz caravaqueña con el resto de los lugares en donde existe, o existió, un culto a la Vera Cruz, a través de la historia, la tradición, los hechos milagrosos, la liturgia, etc..., y todo ha existido durante muchos siglos. Sólo hace falta mirar, de vez en cuando, un poco más allá...

¹⁵² CUENCA FERNÁNDEZ-PIÑERO, M.: Op. Cit. Pp. 220-222 y *La Relique de la Vraie Croix...* Pp. 407-408

¹⁵³ FROLOW, A.: *La Relique de la Vraie Croix...* P. 658

¹⁵⁴ BONFIOLI, M "la reliquia della Croce del Duomo di Spoleto", en *Spoletium*. Diciembre 1990. pp. 55-60

¹⁵⁵ ROBLES CORBALÁN, op. Cit. Hoja 82 y ss.

¹⁵⁶ FROLOW, A.: *La Relique de la Vraie Croix...* P. 322

¹⁵⁷ *Ibid.* p. 589

¹⁵⁸ *Ibid.* pp. 401-402

